ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DE CERVANTES.

ANIVERSARIO

DE LA

MUERTE DE CERVANTES

CELEBRADO EN CÁDIZ

EL 23 DE ABRIL DE 1872.

CÁDIZ.
Imprenta á cargo de don Ramon Macias, Cristobal Colom, número 20.

PRÓLOGO.

El Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, Vice Presidente de la Comision de Monumentos Históricos y Artísticos, publicó el programa siguiente:

Varios admiradores de Miguel de Cervantes Saavedra acordaron conmemorar el dia 23 de este mes el aniversario de su muerte por medio de una solemnidad religiosa y literaria y honrarme con la direccion de ella, como Vice-presidente de la Comision de Monumentos Históricos y Artísticos.

En ese dia, á las diez y media de la mañana, se celebrarán honras por el eterno descanso del alma del gran escritor, en la iglesia de Santiago que fué de la Compañia de Jesus, fundada por el famoso poeta sevillano don Juan de Arguijo, amigo de Cervantes.

El túmulo estará colocado sobre la bóveda que, segun la inscripcion reservó Arguijo para su enterramiento. En dicho túmulo se ostentarán los atributos de Cervantes; el yelmo y la espada del soldado, una corona de laurel, un ejemplar del **Quijote**, edicion del siglo XVII y las insignias de hermano tercero de la órden de San Francisco.

La custodia del túmulo se hallará á cargo de los Tiradores del Regimiento de Marina, cuerpo semejante á las compañias que en el siglo XVI peleaban en las galeras, y á una de aquellas á que perteneció Cervantes en la batalla de Lepanto.

En el Altar mayor se verá colocada la cruz que se cree puño de la espada del Sábio Rey don Alonso X y que la crítica moderna tiene por la cruz del cetro imperial de este insigne literato español.

En el mismo altar lucirán en sus respectivos relicarios, una carta autógrafa de Santa Teresa de Jesus, celebrada en su beatificacion por versos de Cervantes y unos de puño y letra de San Juan de la Cruz.

Se cantará la Vigilia y misa del maestro Eslava, oficiando el Sr. Arcipreste de esta Santa iglesia Catedral, D. Sebastian Herrero y Espinosa de los Monteros. El cáliz y las vinageras que se usarán en la Misa, tienen las armas de don Juan de Austria, y sirvieron en la galera capitana de la batalla de Lepanto. El sermon de honras está á cargo del Sr. Doctoral don Fernando Hüe y Gutierrez, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Serán invitados á asistir al acto las Autoridades y Corporaciones civiles y militares, así como los institutos literarios, científicos y artísticos y personas estusiastas por las glorias de Cervantes.

Varios aficionados á las letras tendrán por la noche una reunion, en que se leerán escritos en prosa y verso en loor de Miguel de Servantes Saavedra, escritos que verán la pública luz.

Consígnase aquí satisfactoriamente un homenage de gratitud, al Ilustrísimo Sr. Obispo, al Exmo. Cabildo Catedral, al Exmo. Sr. Comandante general del Departamento, al Sr. Rector del Seminario de San Bartolomé y demás personas y corporaciones que con noble é ilustrado celo y amor pátrio, se han asociado al pensamiento facilitando los medios necesarios para que esta solemnidad corresponda al buen nombre de Cádiz, y sea en todo digna del objeto.

Cádiz 19 de Abril de 1872.

ADOLFO DE CASTRO.

Con efecto, el 23 de Abril la Iglesia de Santiago estaba profusamente iluminada. En el centro se levantaba un magestuoso catafalco cubierto de paños de terciopelo con riquísimos bordados en que resplandecia el escudo de la venerable órden tercera de San Francisco. Sobre los almohadones de terciopelo estaban un yelmo coronado de laurel, una magnífica espada y una edicion antigua del *Quijote*, perteneciente á la coleccion del Sr. Castro.

En el altar mayor se colocó la Cruz del cetro imperial de Don Alonso el Sabio, y en la derecha una carta autógrafa de Santa Teresa de Jesus, monumentos respetables facilitados generosamente por el Excmo. Cabildo Catedral. Así mismo estaba expuesto á la veneracion de los fieles en su relicario un fragmento autógrafo de uno de los escritos de San Juan de la Cruz, que por órden del Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis habia sido trasladado de la Iglesia de Ntra. Señora del Cármen, en donde se conserva, recuerdos de esos sublimes escritores ascéticos del siglo de Cervantes muy propios de un acto consagrado á celebrar cristianamente glorias literarias españolas.

En frente del púlpito se hallaba un antiguo cuadro

que representa la Santísima Trinidad y que conserva las cuchilladas que recibió de los protestantes cuando en 1596 las tropas del conde de Essex y el almirante Howard saquearon esta ciudad.

Ese cuadro recordaba á los Cervantistas aquellas palabras del principio de la novela *La Española Inglesa*: «*Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz.*» Y con efecto, ese cuadro fué uno de tales despojos que rescató la piedad de los gaditanos.

Daban la guardia al túmulo, seis tiradores del regimiento de infanteria de Marina, que se mudaban alternativamente. El Excmo. Sr. Don José Rodriguez de Arias, ilustrado comandante general del Departamento, se ha asociado á esta solemnidad facilitando esa fuerza, cuerpo semejante á las compañías que estuvieron en las galeras cuando la batalla de Lepanto.

El mismo señor Rodriguez Arias deseó que esta solemnidad fuera presidida por la imágen de Nuestra Señora que se halló en la galera capitana de Don Juan de Austria y que hoy se venera en la capilla del panteon de marinos ilustres. Hallándose muy deteriorada, se temió que en la traslacion á Cádiz y vuelta á su templo pudiese padecer mas, por lo que se desistió del propósito. En cambio dicho señor comandante general del Departamento concibió la felicísima idea de ofrecer el caliz y las vinageras que Don Juan de Austria tenia para el servicio de la capilla en la galera capitana de la armada naval que venció al turco en Lepanto. Aceptada tan discretísima oferta, ese recuerdo glorioso contribuyó á la mayor oportunidad y explendor de los detalles de esta fiesta.

A las once ocuparon los asientos destinados al convite el señor Gobernador civil interino Don Eusebio Rodri-

gañez, el señor Alcalde interino Don Juan Bautista Gaona, los señores tenientes de Alcalde Don Ignacio Sequeira, Don Nicomedes Herrero y Cuesta, Don José Maria de Artacho, Don José de Lemos y Don Prudencio Peral; así como los Sres. Regidores Don Manuel Ramirez, Don Alejandro Rubio y Don Juan Antonio Bonilla. Los Sres. Canónigos Don Juan Bautista Buy y Don José Lebron como comisionados del Excmo. Cabildo Catedral, el Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas, decano de la Facultad de Medicina, y el señor Catedrático Don Juan Bautista Chape y Fernandez, en representacion de la misma: el Sr. Presidente de la Academia de Bellas Artes Don Vicente Gomez de Bustamante, el Sr. Director de la Escuela de enseñanza libre en la misma y Académico, Don Serafin Martinez del Rincon, el Sr. catedrático D. Ildefonso Nuñez de Castro, el Sr. Chantre D. Esteban Moreno Labrador, el Sr. Beneficiado y religioso trinitario Don Rafael Baena, un Sr. coronel en representacion del Excmo. Sr. Gobernador Militar, que aunque no pudo asistir, espresó el entusiasmo con que acogia el homenage tributado á Cervantes; comisiones de todos los cuerpos militares de la guarnicion, la comision de Monumentos históricos y artísticos representada por su vicepresidente el Ilmo. Sr. Don Adolfo de Castro, y los Señores Don Fernando Hüe y Gutierrez, Don Rafael Rocafull, Don José María de Gaona y Piña y Don Domingo Sanchez del Arco. Tambien asistió en representacion del Sr. Comandante de este tercio naval un gefe caracterizado de Marina.

El Ilmo. Sr. Obispo D. Fray Félix María de Arriete, de la Orden de Religiosos Capuchinos, se dignó asociarse á la solemnidad concurriendo á ella desde la mitad de la Vigilia.

El ilustrado y entusiasta admirador del Gran ingenio el Sr. Don Ramon Leon Mainez, Director de la *Crónica de los Cervantistas*, ha narrado esta solemnidad con minuciosos y bien escritos detalles en la siguiente forma, con lo que cerramos este prólogo, pues en este importantísimo trabajo se expresa cuanto se puede decir de esta fiesta en honor de Cervantes.

Siempre conservarán gratamente en su memoria los literatos gaditanos la fecha del 23 de Abril de 1872. ¡Podemos enorgullecernos los habitantes de Cádiz en haber celebrado con más entusiasmo que pueblo alguno de España el aniversario 256 de la muerte de Cervantes!

La Crónica, que no es el periódico que fenece el mismo dia que ve la luz; que es un libro, publicado á páginas, donde se consigna lo más notable que ocurre en España y en el extrangero referente al autor del Quijote; La Crónica, en fin, que será uno de los monumentos cervánticos que patenticen más señaladamente á los venideros afectos al gran escritor, el acendrado entusiasmo que nos ha animado á los que hoy vivimos, debe hacer especialísima mencion de las fiestas religiosas y literarias ayer celebradas, para que sirvan de estímulo en los años sucesivos.

Como estaba anunciado, á las once ménos diez minutos de la mañana empezaron en la Iglesia de Santiago las honras fúnebres por el alma del esclarecido autor de Galatea, de Rinconete y de la Fuerza de la Sangre. Hemos dicho muchas ocasiones que no nos agradan esas fiestas donde se mezcla lo humano con lo divino, y donde hay por necesidad que hacer un panegírico sagrado de un hombre pecador como lo fué Cervantes. Pero á fuer de cronistas, debemos consignar aquí, que la funcion religiosa de ayer fué en todo suntuosa, inmejorable y dignísima.

Desde mucho antes de comenzar las honras, hallábase ya la Iglesia de Santiago, de cuya fundacion hablamos en el Suplemento del 23 del corriente, sumamente concurrida. Cuando la funcion empezó y las corporaciones, particulares, literatos, cervantófilos, periodistas y demás personas invitadas ocuparon sus respectivos puestos, mayor fué la afluencia de gente, pudiendo decirse que la Iglesia en su planta baja, en los coros, en las tribunas, y por do quier estaba completísimamente ocupada y llena.

Presidia el acto, como iniciador de la solemnidad, el mas insigne literato gaditano, el que es conocido en España y en el extranjero por sus doctos y castizos escritos, el Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, histo-

riador de nuestra ciudad y secretario del Excmo. Ayuntamiento.

Vestia el Sr. Castro el uniforme de jefe civil, y le acompañaban en la presidencia los Sres. D. Estéban Moreno Labrador, Chantre de esta Santa Iglesia, el Sr. Doctoral, y los Sres. D. José María Gaona y Don Domingo Sanchez del Arco. El cortejo era tan numeroso como escogido. Temiendo cometer alguna omision involuntaria, no haremos mencion particular de cada uno de los concurrentes; pero diremos en general que allí estaban representadas todas las corporaciones, institutos y periódicos gaditanos de un modo dignísimo. Allí vimos al Sr. Flores Arenas, decano de la facultad de Medicina; al Sr. Jordan, catedrático de la de Farmacia; al Sr. Oliveros, Director de las Escuelas Normales de la provincia; al Sr. Rosetty, de la GUIA DE CÁDIZ; al Sr. Pego, del DIARIO; al Sr. Vassallo, de la PALMA; al Sr. Arcos, de la MONARQUIA TRADICIONAL; al Sr. Don Francisco G. Camero, canónigo magistral; al Señor Penitenciario D. Salvador Moreno; al Sr. D. Nicomedes Herrero y Cuesta y al Sr. Gaona, Alcaldes de esta ciudad; á los Sres. Gobernadores civil y militar; al Sr. D. José María Rivera, catedrático del Seminario Conciliar de San Bartolomé; al Sr. Sanchez de Moguel, literato sevillano; al Sr. D. Eduardo Pedrosa, vice-rector dignísimo de este Seminario, y otras muchas personas respetables, que estaban en representacion de institutos, sociedades, periódicos ó corporaciones de nuestra ciudad, y cuyos nombres ahora no recordamos. Hasta el número de ciento diez asistentes que ocupaban los bancos del centro, además de los Sres. mencionados, lo completaban las más entendidas é ilustradas personas de la localidad.

El túmulo estaba alzado sobre la bóveda y enterramiento del poeta sevillano Don Juan de Arguijo, como dijimos en nuestro número del 23. Tenia formas severas y majestuosas. Era elevado. En él se ostentaban el yelmo y la espada del soldado, y las insignias de la órden tercera de San Francisco, á la que perteneció Cervantes. El catafalco estaba rodeado de gran número de blandones. Doce tiradores de infantería de Marina de San Fernando custodiaban el túmulo, renovándose de media en media hora.

Casi al concluir la vigilia del maestro Eslava, entró en el templo por el presbiterio, donde se situó, el Ilmo. Sr. Prelado de la Diócesis. Allí permaneció durante toda la misa y el sermon de honras.

A las doce y veintidos minutos dió comienzo la misa. Como que todo ha sido notable en estas solemnidades religioso-literarias, debemos hacer constar que los tres sacerdotes que la decian eran todos literatos y cervantistas: el Sr. Don Sebastian Herrero y Espinosa de los Monteros ofició; el Sr. Leon y Dominguez estuvo de Evangelio, y el Sr. Don Manuel Cerero de Epístola.

Concluida que fué la misa subió á la cátedra sagrada el Doctoral de esta Santa Iglesia Catedral Don Fernando de Hüe y Gutierrez. A él estaba encomendada la oracion fúnebre. Correspondió á lo que prometia su reputacion oratoria. Dividió su discurso en tres partes. En la primera preconizó las excelencias de la doctrina cristiana sobre toda otra religion y sobre todas las fábulas de las teogonías antiguas. En la

segunda se extendió en consideraciones sobre la fé, religiosidad y rectitud de principios que habian impulsado á todos los grandes literatos de nuestra patria, desde los prelados de los concilios de Toledo hasta los tiempos de Alonso el Sabio, desde Berceo hasta Jorge Manrique, desde este ilustre escritor hasta el siglo clásico de nuestras letras, los tiempos afortunados de Hurtado de Mendoza, de Sigüenza, de Leon, de Granada, de Juan de la Cruz, de Teresa de Ahumada. En la tercera parte de su discurso hizo el encomio del gran autor del Quijote, poniendo de relieve la virtud, el heroismo, la resignacion, la mansedumbre, la alteza de pensamientos, la hidalguia, el espíritu altamente benéfico de Miguel de Cervantes Saavedra. Concluyó el Sr. Hüe su discurso pidiendo á Dios por el eterno descanso del alma del mayor escritor patrio.

Concluido el sermon de honras y despues del responso acostumbrado en tales casos, dióse por terminado el solemne acto religioso á las tres ménos catorce minutos de la tarde.

El numeroso concurso que llenaba el templo salió con la mayor compostura. El Sr. Obispo se retiró al concluirse la oracion fúnebre. En las honras notamos una gran concurrencia de señoras de las mas distinguidas de nuestra localidad. En la sacristía se despidió el duelo.

Hasta aquí las honras fúnebres, que como se vé, han sido de las más suntuosas que se han verificado en España en memoria de Cervantes.

Pasemos ahora á reseñar la reunion literaria celebrada en casa del Ilmo. Sr. Don Adolfo de Castro.

A las siete y media de la noche del 23 de Abril una escogida é ilustrada concurrencia ocupaba la casa-morada del conocido autor de la Historia de Cádiz. Reinó en la reunion de que nos ocupamos la fraternidad mas elogiable. No somos de los que mezclan las cuestiones de los partidos con las cuestiones literarias, ni creemos que es digno de personas entendidas hacer un arma de desatencion contra una fundada ó imaginaria ofensa política. Así lo deben haber comprendido las dignísimas personas que la noche del 23 asistieron á la morada del Sr. Secretario de este Ayuntamiento, apesar de su diversidad de opiniones.

Aunque reunion exclusivamente amigable y particular la de que nos ocupamos, fueron distinguidísimas las personas que concurrieron. Hallábanse allí los Sres. D. Francisco Flores de Arenas, D. Juan Bautista Chape, D. Enrique del Toro, D. Sebastian Herreros y Espinosa de los Monteros, D. José María Leon y Dominguez, D. Manuel Cerero, Don José Franco de Terán, D. José M. Gaona, D. Domingo Sanchez del Arco, D. Fernando Hüe y Gutierrez, D. M. Sanchez de Moguel, D. Juan

Miró, dignísimo cervantista y catedrático del Instituto de Jerez, D. Estéban Moreno Labrador, D. José Rosetty y otras muchas é ilustradas personas, hasta el número de cincuenta.

Despues de haber repasado las curiosas y muy raras ediciones de libros de caballerías y otras preciosidades artísticas y literarias que en su morada tiene el Sr. Castro, dióse principio al acto en loor de Cervantes.

Empezó el Sr. D. José María Gaona leyendo un erudito y curiosísimo trabajo sobre Argamasilla de Alba y la patria de D. Quijote; trabajo que fué muy bien acogido por la concurrencia.

Siguióse la lectura de una bellísima y patriótica poesía del jóven y entendido cervantista Sr. D. Manuel Cerero.

El autor de estas líneas leyó enseguida un discurso sobre la solemnidad literaria del dia.

El Sr. D. Adolfo de Castro leyó acto contínuo una delicada y fácil poesía que habia enviado, en la imposibilidad de asistir personalmente, el ilustrado catedrático de Historia de este Instituto Sr. Moreno Espinosa. Con beneplácito fué escuchada y aplaudida tan notable composicion.

Erudito y bueno fué el artículo que leyó despues el Sr. Sanchez del Arco. Entraña el referido escrito una cuestion bastante delicada, como es la de negar la autenticidad del retrato que el Sr. Asensio ha descubierto en estos últimos años, creyéndolo el verdadero de Cervantes. El debate que esto producirá será muy grato para los literatos cervantófilos.

El Sr. Leon y Dominguez leyó, despues de concluir Sanchez del Arco, una sentida y armoniosa poesía donde se hablaba de Cervantes con entusiasmo, se recordaban sus infortunios con dolor, y se mencionaba su fama póstuma con regocijo.

Un sencillo, oportuno y breve discurso leyó el catedrático de esta facultad de Medicina D. Juan Bautista Chape. El gracejo que revelaba y el entusiasmo que demostraba hácia Cervantes y sus obras, unido á estar escrita la referida composicion con soltura y facilidad, fueron parte para que con justicia se elogiase.

Ocho preciosas y valientes octavas reales leyó el ilustrísimo Sr. D. Sebastian Herrero y Espinosa de los Monteros, que las acogió la concurrencia con señalado entusiasmo.

Repartiéronse enseguida entre los asistentes, ejemplares de una hoja titulada «Cuadro mágico-poético en honor del Príncipe de los Ingenios españoles» y el cual es sumamente curioso por la ingeniosidad con que están dispuestos los cuatro versos octosílabos que contiene en loor de Cervantes. Este trabajo, debido al entendido cervantista Sr. Miró, fué recibido con mucho aprecio.

Dióse lectura á una poesía muy estimable del Sr. Bastida alusiva á la fiesta literaria que se celebraba.

El Sr. Castro leyó un docto y original trabajo que titula «La última novela ejemplar de Cervantes,» y en el cual reseña el ilustre escritor gaditano los postreros momentos del autor del Quijote. Ya nos ocupa-

remos detenidamente de esta obra en las columnas de la CRÓNICA. Diremos ahora solamente que la realzan y avaloran esas inestimables dotes de castiza frase y galanura de estilo que tan señaladamente distinguen todas las composiciones del Sr. Castro. Muchas y justas felicitaciones se le tributaron por todos los concurrentes.

El Sr. Flores de Arenas leyó una excelente y bellísima poesía que tenia por epígrafe «Las dos épocas,» y en la cual hacia un notable paralelo entre la fecha en que murió Cervantes, y el 23 de Abril de 1872. (1).

Ultimamente, el Sr. Sanchez Moguel leyó un erudito y filosófico discurso sobre Cervantes y su época, donde hizo atinadas advertencias acerca del mérito de nuestro gran escritor. El Sr. Moguel decia, si mal no recordamos, que el QUIJOTE no tanto debe ser encomiado por ser una sátira de libros de caballería, cuanto por la tendencia social, filosófica, trascendental, que entraña. Concluyó el Sr. Moguel su discurso tributando los más sinceros elogios al ilustre iniciador de la reunion literaria y á los cervantistas gaditanos presentes, y proponiendo que se elevase una proposicion al Congreso á fin de obtener de las Córtes de la nacion que en lo sucesivo el aniversario de la muerte de Cervantes sea fiesta nacional; pensamiento muy oportuno y que, por sernos muy grato (2), elogiamos de todas veras y desearemos ver llevado á la más feliz realizacion.

Concluida la reunion literaria los contertulios pasaron á otro salon donde estaba dispuesto un ligero refresco, y donde se pasaron agradabilísimos momentos.

Antes de retirarse los concurrentes de tan señalada reunion, el Sr. Mainez propuso un voto de gracias al Sr. D. Adolfo de Castro, como iniciador de la fiesta literaria y como á uno de los escritores que mas han enaltecido la memoria de Cervantes. Así fué aprobado por unanimidad.

(1) El Sr. D. Adolfo de Castro leyó una oda del afecto á Cervantes Don Vicente Jimenez, la cual fué escuchada con delectacion. El autor no estaba presente. La referida composicion tiene valientes versos é imágenes brillantes, y creemos que sería una poesía excelente si el autor sostuviese la gravedad propia de la oda, sin desvirtuarla, en nuestro sentir, en las últimas estrofas con pensamientos y alusiones propios de otro género de versos. Sea esto dicho sin herir la susceptibilidad del entusiasta admirador de Cervantes.

(2) Coincidencia notable es que al mismo tiempo en que nosotros escribíamos y enviábamos al Ateneo de Valencia un discurso cervántico, donde se abogaba por lo mismo que pide el Sr. Moguel, y sin conocernos ni relacionarnos, escribiese el literato sevillano sobre el mismo tema.

En nuestro discurso enviado al Ateneo de Valencia el 17 de Abril, deciamos por conclusion: «Afortunado el dia en que el aniversario de lá muerte de Cervantes se solemnice en los centros literarios de todos los pueblos de España, y mas afortunado todavía aquel en que, imitando el entusiasmo de los ingleses, italianos y alemanes, señalemos los españoles entre las fiestas nacionales la fecha del 23 de Abril!» Esta coincidencia demuestra que está en la conciencia de todos los cervantistas que el aniversario de Cervantes debe ser fiesta nacional.

Leyóse tambien por el autor de estas líneas una proposicion de varios cervantistas y literatos gaditanos encomendando á la competencia y celo del Sr. Castro la creacion de una Academia gaditana de buenas letras, donde se honrase especialmente á Cervantes, sin olvidar á los demás escritores clásicos de España. El Sr. Castro pronunció algunas palabras, y el pensamiento fué acogido con fruicion y sin que ninguno se opusiera.

¡Ojalá que se lleve á efecto, y que de este modo tengamos un centro literario en Cádiz, que no debe ser ménos, bajo este punto de vista, que Barcelona y Sevilla!

La reunion literaria terminó á las once y 26 minutos de la noche.

Al concluir esta prolija reseña, felicitamos por sus desvelos, atencion, galanteria y competencia literaria al Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, y felicitamos á la vez á todos los cervantistas y escritores gaditanos y de la provincia que se han adherido á los trabajos realizados para loar la memoria del gran Cervantes!

ORACION FÚNEBRE que, por encargo de la Comision de Monumentos Artísticos é Históricos de esta provincia, y en las Solemnes Honras de

MIGUEL DE CERVANTES,

pronunció en la Iglesia de Santiago de Cádiz, el 23 de Abril de 1872, el Doctor D. Fernando Hüe y Gutierrez, Canónigo Doctoral de esta Santa Iglesia Catedral, Académico correspondiente de la Real de la Historia é individuo de la espresada Comision de Monumentos Artísticos é Históricos de esta provincia.

(Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.)

Ilmo. Señor:
Muy Ilustres Señores:

Initium sapientiæ timor Domini.
Eccli.—Cap. 1. v. 16.

Si creyera que vuestra presencia en este venerable Templo no tenía otro objeto que tributar un terreno homenaje de admiracion al Príncipe de nuestros ingenios, esparciendo algunas flores sobre ese túmulo, levantado en su honor y memoria; ni otro móvil que el entusiasmo que en vuestras almas, sensibles á las literarias bellezas, produce la lectura de sus inimitables escritos; aun cuando este móvil como aquel objeto parezcan honestos y merecedores por tanto de justa loa, no seria yo, sin embargo, quien en este dia ocupara la Cátedra del Espíritu Santo, reservada solo á la enseñanza de las verdades eternas; ni se abririan

hoy aquí mis labios, mas acostumbrados por el ministerio evangélico, que enaltece mi pequeñéz, á distribuir la palabra divina entre los fieles, que á pronunciar académicos discursos.

No, señores, no: que por alta que sea la persona, por grande el talento, por poderoso el genio, si no salen de un círculo meramente terreno, si no se elevan sobre un órden puramente natural, no merecen que la Religion Católica, hija del Cielo, les consagre un recuerdo, y menos tienen títulos para que en su honra se emplee esta palabra santa, vencedora del mundo, rocío celestial que ha fecundizado la tierra por la virtud del Verbo, Eterna Palabra del Padre.

Por esto, aunque algunos hombres y algunas obras de la antigüedad pagana esciten nuestra admiracion, aunque el sábio se recrée con la lectura de Platon ó de Tulio, no acierte el literato á desprender de sus manos á Homero, Virgilio ú Horacio; y el artista se extasíe ante las estátuas de Fidias ó de Praxiteles; todavia la Religion Católica negará sus alabanzas al genio, no animado por el soplo del Dios de la verdad y de la virtud, y solo lamentará el estravio de aquellos, filósofos artistas y poetas que, teniendo ante sí abierto el libro magnífico de la creacion y de la naturaleza, no acertaron á conocer ni á dar la honra debida á Dios, y repetirá de todos lo que del Filósofo de Estagira decia el grande Gerónimo «Ay de tí, Aristóteles que donde no estás eres alabado y donde estás eres condenado.»

Pero vosotros, señores os hallais poseidos de sentimientos mas puros y graves; al acercaros hoy á dedicar un recuerdo á todos los escritores castellanos y especialmente al gran genio, ornamento de nuestra Patria, habeis, á fuer de cristianos y católicos, principiado por hacer que por ellos

y por él se inmole en el Ara Santa la Hostia viva de paz y de reconciliacion eternas; habéis venido á recordar á un hombre en quien, si el talento era grande, su fé religiosa era aún mayor, á un varon que por su Dios, por su patria y por su ley vertió heróicamente su sangre, peleando contra los infieles, espanto de la Cristiandad, al escritor insigne de cuya pluma jamás se deslizára una frase siquiera que ofendiese la pureza de la católica fé, de cuya profesion se glorió siempre como de su mas esclarecido timbre.

Pues yo tambien con vosotros veo á este varon estraordinario nacer y vivir en una época de santos, de héroes, de sábios y poetas, en el décimo sexto siglo, siglo de esa triple grandeza para nuestra Patria. Vive cuando viven un Tómás de Villanueva, un Ignacio de Loyola, un Borja, un Javier, un Pedro de Alcántara, un Pascual, un Luis Beltran, un Juan de Rivera, un Juan de la Cruz, una Teresa de Jesus, y profesa la misma fé que estos Santos tuvieron y, á diferencia de muchos de los pretendidos talentos de los siglos posteriores y del nuestro, no creyó rebajarse, inclinando su frente, iluminada con la luz de genio tan portentoso, ante la ignominia y aparente locura de la Cruz. Le veo sentarse en eminente puesto entre aquellos nuestros grandes escritores, siempre cristianos, entre Mariana, Luis de Leon, Granada, Avila, Estella, Sigüenza y otros ciento que seria prolijo enumerar; sobresaliendo por la fuerza creadora de su fantasía, por su inimitable gracia, por la riqueza y flexibilidad de su estilo, por su siempre oportuna erudicion y elocuencia de su discurso; y cuando los Albas, los Basanes y los Farnesios asombraban al mundo con sus hazañas, yo le miro, enardecido el pecho con la llama de la fé, valiente cruzado, alzar su espada contra los enemigos del nombre cristiano, caer noblemente herido, quedando para siempre mutilado; y por último prisionero por defen-

der la Religion y la Patria le contempló cautivo en las mazmorras y baños de Argel, sosteniendo con cristiana y heróica constancia los grillos y esposas que sus piés y manos oprimen.

Ya, pues, señores, aunque escaso ha sido el tiempo que se me ha concedido, y aunque confieso francamente mi impericia en este género de discursos, no vacilo en acometer la empresa que me confiasteis; que ya no estimo se profane el fuego santo de los altares de Dios que deseo anime mis labios, celebrando á este hombre insigne y á los demás escritores españoles, porque celebrando con ellos á él entiendo alabar al Señor que plugo darnos particularmente en él muestra tan alta de su creador espíritu; y ensalzar á la católica Fé, sobre cuyas alas se remontó siempre seguro; y glorificar á España, tan honrada de él, á esta cristiana Patria, hoy tan desventurada, cuyo amor puro y santo quiere Dios que ocupe nuestros corazones.

Para espresar brevemente mi pensamiento: nuestros escritores con este varon insigne fueron ingenios cristianos: su talento, su ciencia arraigados estaban firmemente en la Fé, fundados en el temor de Dios, principio de toda Sabiduría «initium sapientiæ timor Domini» y contrayéndonos mas particularmente á este hombre estraordinario, me parece que es la personificacion mas viva de la España literaria, heróica y siempre cristiana del siglo décimo sexto.

Así es como deseo y os ruego que le considereis; y bajo tal concepto, tal es la memoria que con la de los demás escritores castellanos intento consagrar en la ocasion presente al intrépido manco de Lepanto, al cautivo cristiano de Argel, al hombre de imaginacion mas poderosa y creadora, al Príncipe de nuestros ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra.

La Religion Católica, señores, única senda que conduce á la salud eterna, es al mismo tiempo manantial riquísimo de poesía. Las bellezas que encierran sus dogmas, su moral, su culto, su liturgia sobrepujan en mucho á las que ostentó la ingeniosa y risueña Mitología de los Griegos. Seria inútil tarea la de detenernos á probar este aserto, que pasa por verdad inconcusa en la literatura, desde que un ilustre y brillante escritor de este siglo escribió su inmortal obra del Genio del Cristianismo. Pónganse á un lado las ficciones mitológicas y en el otro los dogmas cristianos, y ¿quién desconocerá que la unidad de Dios, su admirable y misericordiosa Providencia, la caridad fraterna, la castidad limpísima, la mansedumbre, la humanidad y la abnegacion con las demás virtudes que de la Cruz de Cristo emanan, al paso que santifican al hombre, agradan mas á la imaginacion y á un corazon recto, y hacen grandes ventajas al Politeismo griego con sus Dioses rivales entre sí, impotentes los mas, empequeñecidos y manchados con todas las pasiones y vicios de los hombres y á cuya creencia como frutos naturales acompañan, la soberbia, la crueldad y la impureza? Poderosa ¿quién puede dudarlo? era la imaginacion de los antiguos; pero faltaba á su genio el alimento de la virtud, el de la belleza moral, la primera de todas. Las brillantes galas, el colorido poético adornaban un cadáver; que cadáver y hediondo era la mitología que cantaban con la perversa moral que de ella naturalmente se derivaba.

Pero seguidme un tanto, señores, y observareis cuanta vida, cuanta virtud y cuanta belleza ostenta el Genio artístico y poético del Cristianismo. Vedle brotar de la cumbre del Gólgota y despues de inspirar el alma de Prudencio, de Juvenco, de Apolinar y del Nacianceno en los primeros siglos sigue su vuelo, penetra por las tinieblas de los siglos medios, los ilumina, enciende la fantasía y mue-

ve la mano de los artistas, y he aquí creada la arquitectura llamada gótica, que con su misteriosa oscuridad, sus arcos ogivales, sus delgadas y airosas columnas, sus chapiteles que buscan el cielo son espresion viva de la fé vencedora del mundo, de la esperanza que anhela los bienes imperecederos, de la caridad que arde en el amor de Dios, de la oracion devota y ferviente hasta el éxtasis que, aspirando á unir al alma con su Criador, le anticipa aquí en el tiempo, en cuanto lo sufren las terrenas ligaduras, los goces de la feliz eternidad. Vedlo brillar como terrible relámpago en las aterradoras estrofas del «Dies irœ,» suspirar en las tiernas y plañideras del «Stabat Máter,» himnos sublimes que la Iglesia ha consagrado, acogiéndolos en su Liturgia, ó ya animando el alma enérgica del gibelino Dante, cuando pinta con suave colorido el reino de la Gloria donde los Bienaventurados gozan la clara vision de Dios; ó la mansion donde los Justos purgan las reliquias de la humana flaqueza, donde la Justicia y Misericordia se dan ósculo de paz, mansion de lágrimas y tristezas, mezcladas con el consuelo de la esperanza; ó bien cuando con pincel de fuego nos presenta la region del eterno llanto, de las perdurables llamas, del perpétuo crugir de dientes á cuya puerta leereis con el gran Teólogo y Poeta la famosa inscripcion «Lasciate ogni speranza voi ch' intrate» «Dejad toda esperanza los que entrais»......

Pero este Genio poético ¿no encenderá las almas de los españoles, al menos de estos hijos del Mediodia de quienes ha dicho un célebre escritor «que reciben en los últimos rayos del sol occidental el fuego del genio y la luz de la inspiracion?» Sí las encenderá. ¡España, España, amada Patria mia! ¿quién negará su admiracion á tus pasadas glorias como sus lágrimas á tu presente desventura? ¡Cuantas veces tu pensamiento ha ocupado mi mente y tu afecto mi

corazon! Mas yo no te amára tanto si en tus luchas y en tus desastres, como en tus triunfos y en tu poderío no te hubiera siempre visto bajo la sombra de la Cruz salvadora, si la Religion Católica no hubiese movido el brazo de tus héroes y guiado la pluma de tus Escritores y Poetas.

Sí, señores; desde el dia feliz en que Recaredo y la gente nobilísima de los godos abrazaron la Católica Fé, todo ha estado aquí empapado en ese tinte religioso que ha enaltecido á España sobre todas las naciones. Ojead los Concilios de Toledo, leed la legislacion del Fuero Juzgo, producto de aquellas célebres Asambleas, y os llenarán de admiracion aquellas máximas filosóficas, aquella idea tan elevada del matrimonio cristiano y de la naturaleza y caractéres de la ley, aquel espíritu de generalizacion que le levantan á una altura á la que, por confesion del protestante Guizot, no llega ninguna de las compilaciones legales de los pueblos de la Edad Media.

Avanzad mas y observareis que los primeros suspiros de la Musa española en su infancia, son dedicados á la Religion y á la Patria. El poema de Gonzalo de Berceo en loor de Santo Domingo de Silos, y el del Cid, comprueban este aserto. El Rey Don Alfonso décimo, inspirado por la fé cristiana, eleva á la legislacion y á la literatura un monumento inmortal en sus célebres Partidas, vasta enciclopédia que encierra la ciencia del siglo en que brillaron Inocencio III, Gregorio IX, San Raimundo de Peñafort, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. La lengua castellana en nuestro Rey Sabio adquirió la gravedad y nobleza que tan altas habian de mostrarse tres siglos despues.

Pero el tiempo urge y no podemos detenernos en seguir paso á paso los progresos de la lengua pátria en los dos siglos siguientes. Por eso no os hablaré del Ennio

español Juan de Mena, ni me detendré en las sentidas trobas de Jorge Manrique en la muerte de su padre el conde de Paredes; solo, sí, os recordaré aquellas primeras estrofas en que nos convida á meditar en la brevedad de la vida cuando dice: «Recuerde el alma adormida—Avive el seso y despierte—Contemplando—Como se pasa la vida—Como se viene la muerte—Tan callando—Cuán presto se va el placer—Como despues de acordado—Dá dolor—Como á nuestro parescer—Cualquiera tiempo pasado—Fué mejor.»

Lleguemos al gran siglo, á ese siglo portentoso que contempló reunidas en sí tanta ciencia, tanta santidad, belleza y poesía. Imposible es dentro de los límites naturales de este género de discursos, hacer mencion honorífica de tantos escritores y poetas como lo ilustraron. Lo haremos solamente de algunos.

Despues de Garcilaso que supo domar la rudeza que el lenguaje castellano conservaba aún á fines del siglo décimo quinto, preséntase el sevillano Fernando de Herrera, creador del lenguaje poético, potente genio de arrebatado vuelo. Creereis, señores, que escuchais los robustos acentos de Píndaro cuando celebra á Don Juan de Austria, vencedor de los moriscos de Granada. Moisés é Isaias le prestan sus voces y su dignidad magestuosa si, henchido el pecho de entusiasmo religioso y patrio, canta la victoria de Lepanto, ganada contra todo el poder de la Media Luna; y en su lira se hallan los sones ya enérgicos, ya lúgubres, ya melancólicos de Ezequiel y del Profeta de las Lamentaciones, cuando llora la infausta rota del ejército Lusitano y la muerte de su Rey Don Sebastian en la seca arena de la abrasada Libia. Francisco de Rioja le sigue con vuelo menos remontado, con inspiracion menos ardiente, pero con mayor amenidad y frescura de estilo y escribe aquella admirable Epístola moral á Fabio, composicion perfecta,

en la que compiten la profundidad de las máximas del filósofo con las galas de la mas pintoresca poesía; é imitando y perfeccionando la oda de Rodrigo Caro, le vereis discurrir entre las ruinas de la antigua Itálica, donde «nació aquel rayo de la guerra.—Gran padre de la Patria, honor de España—Pio, felice, triunfador Trajano—donde de Elio Adriano—De Teodosio divino—De Silio peregrino—Rodaron de marfil y oro las cunas»; nos mostrará con el dedo las luengas calles destruidas, los mármoles y arcos destrozados y las estátuas soberbias acá y allá derribadas; y al observar el sepulcral silencio del circo, antes tan bullicioso, exclamareis con el Poeta: «Todo despareció, cambió la suerte—Voces alegres en silencio mudo»; y por último piadoso cristiano antes de separarse de aquellos restos de la ciudad destruida, se despedirá saludando á su Patron glorioso San Geroncio «su Martir celebrado.»

Pues allá en los claustros de los Agustinos de Salamanca templa su lira y dá al viento sus sones en las riberas del Tormes el doctísimo granadino Fray Luis de Leon, profundo Teólogo y gran Poeta. ¿Quién no se ha recreado apaciblemente con la lectura de su oda á la vida del campo, donde refleja el sosiego y candor de su alma y la modestia de los deseos del humilde monge, contento con una pobre mesa y un pequeño huerto que sus manos cultivan y riegan? Vuestro corazon se llena de patriótico amor si os pinta en su Profecia del Tajo la invasion Sarracena: anhelais empuñar el fuerte acero para acorrer con Rodrigo á la defensa de la cara patria y exhaláis con el inspirado vate un hondo quejido al verla por el desastre del Guadalete, condenada á bárbara cadena. Si leeis su oda á la Ascension de nuestro Señor Jesucristo, contemplareis con los Apóstoles á Jesus, levantándose de la tierra con magestad divina; con ellos lamentareis en tiernísimas querellas co-

mo vuela el Pastor Santo dejando á su grey en este valle oscuro de soledad y lloro y, saludando á la nube que ya esconde al Salvador, y que apenas se divisa, la despediréis diciendo: «¿Do vuelas presurosa?=¡Cuán rica tú te alejas! —¡Cuán pobre y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!»

Mas ¿cómo pasar en silencio al gran Santo, al humilde, mortificado y eminente poeta Juan de la Cruz? Su lira no está templada en la tierra; preciso es buscar sus sonidos en una region mas alta. Para el hombre fisiológico, para el hombre animal, en espresion del Apóstol, que no puede percibir las cosas que son de espíritu, son enigmas aquellos conceptos dulcísimos, aquel blandas quejas, aquellos suaves desmayos, aquellas voces de amor, aquellos suspiros encendidos que el santo vate exhala en La Noche oscura, la Llama de Amor viva, Subida al Monte Carmelo y singularmente en su Cántico Espiritual. Un gran poeta de este siglo y algun discípulo suyo han intentado imitarle en este género de poesía; mas aunque sus composiciones, con particularidad las del primero son muy bellas, quédanse á gran distancia de las de nuestro Santo en la fuerza de la inspiracion, en la dulzura y candor de los afectos y sobre todo en el sabor y aroma místicos de las canciones del extático carmelita que no puede ser imitado sino por aquel que á las dotes de imaginacion y sentimiento no reuna el alto espíritu de oracion y la santidad que en él admiramos y veneramos.

De buen grado, señores, siguiera recordando á otros ilustres vates; pero seria hacer interminable este discurso. Mas permitidme que dedique una memoria de agradecimiento al escelente poeta sevillano el noble caballero Don Juan de Arguijo, cuyos elegantes sonetos son la mayor parte de ellos modelos de este género dificilísimo de composiciones poéticas y cuyas cenizas juntas á la de su espo-

sa, descansan bajo las losas de este Temploque su esclarecida piedad fundára para casa de la egrégia Orden de la Compañía de Jesus.

Si la poesía española, inspirada por la religion, como lo habeis podido observar, toma tan remontado vuelo, no se ostenta en su línea la prosa con menos magestad, ni menos empapada del espíritu católico cristiano característico de aquel siglo.

Mariana escribe la Historia de España en estilo digno de los escritores del Lacio, dando á la frase castellana el sabor latino y la magestad propia de la nacion primeral del mundo, como lo era entonces la nuestra. El Venerable Juan de Avila en sus cartas, en su tratado del «Amor de Dios» y aquel otro precioso del «Audi filia,» dirigido á su hija espiritual la ilustre y devotísima doncella Doña Sancha Carrillo demostró cuan bien se presta la lengua castellana á la nobleza y severidad del ascetismo cristiano. Fray Luis de Granada derrama torrentes de elocuencia en sus inmortales obras y con especialidad en el «Guia de Pecadores,» en el «Tratado de la Meditacion y Oracion» y en el «Símbolo de la Fé»; obras que no deben caer jamás de las manos del literato que, si en los sermones de los franceses Bossuet, Masillon ó Bourdaloúe encuentra mayor regularidad, mas arte y perfeccion de estilo, no halla tan copiosos materiales, ni mas piedad ni mas hermosos pensamientos, espresados con admirable uncion y candor; y menos de las del cristiano, deseoso de su perfeccion, que tiene en Granada una mina riquísima para leccion y meditaciones.

Mas fijad vuestra vista en la ciudad de Avila, la de los góticos torreados muros, de severo aspecto, asentada entre las peñas ennegrecidas del áspero Guadarrama: prestad vuestro oido y escuchareis dulces acentos, salidos de

una morada religiosa, de un claustro, del corazon y lábios de una muger y de una monja. ¿Os parece estraño? pues esta muger y esta monja ha sabido con sus escritos cautivar las mas altas inteligencias, hasta el punto de llamarla Leibnitz, el Platon de Avila. Esta monja se llama Teresa de Jesus, nombre glorioso que no puede pronunciarse sin conmoverse de placer y legítimo orgullo todo corazon español. ¿Dónde aprendió esta humilde y tímida religiosa tanta ciencia de las cosas espirituales, dónde aquella viveza para espresarlas? ¿En qué escritor se hallan reunidos al mismo tiempo como en ella, tanta modestia y tanta gracia y sal en la diccion, tanto talento y perspicacia con tanto candor y castidad? ¡Muger Santa, escritora verdaderamente admirable! Sus escritos han sido el solaz de cuantos han amado la belleza y virtud, como han sido, os lo confieso ingénuamente, mis delicias y consuelo en largas horas de la noche durante no pocos años, pasados no léjos de la ciudad, donde se meció la cuna de esta muger, portento de santidad, de talento y de gracia, que solo España ha presentado al mundo.

Pero me voy dilatando mucho; y tal vez parezca que entre tantos escritores he olvidado á aquel á quien especialmente debo conmemorar en este dia. No lo he olvidado, señores; mas no era justo pasar en silencio nombres tan esclarecidos y porque solo así puede comprenderse bien que el ingenio de Cervantes fué altamente español, y con esto está dicho que lo fué cristiano y Católico: que no habia este elevado talento de desentonar el hermoso y armónico cuadro de ciencia, de virtud, de fé sincera, de ardiente fantasía que su siglo ostentó, como habeis podido notar en la rápida reseña que acabo de hacer de algunos de sus insignes escritores.

«Tu nombre te basta á tí» ha dicho un esclarecido y

desgraciado poeta contemporáneo en el sepulcro del primer Bonaparte. Miguel de Cervantes «tu nombre te basta á tí,» podré decir yo tambien. Sí, señores, dejemos á tanta medianía, á tanto pretendido grande hombre, á tanto ambicioso, como en nuestros dias pulúlan subir sobre el pedestal de los títulos pomposos, de las brillantes condecoraciones, de los comprados ó mendigados aplausos para que el mundo pueda verlos levantados algun codo sobre los demás hombres. No así Cervantes: donde quiera que se pronuncie su nombre solo, se atrae el respeto y la admiracion debidos á la magestad del genio.

Pero describamos al hombre infortunado, al valeroso soldado, al Cautivo cristiano, y comprenderemos al Escritor.

Espiraba la primera mitad del siglo décimo sesto y España era la mas poderosa nacion del mundo, regida por el Emperador Cárlos V, en cuyos dominios jamás el Sol se ponia. Despues de siete siglos de encarnizada lucha contra los sectarios del Coran, el desastre del Guadalete de 714 habia quedado vengado y reparado en Granada en 1492, al enarbolar los Españoles la Cruz bendita sobre las Torres Bermejas de la Alhambra. De esta lid prolongada, magnífica epopéya, sostenida y terminada por esa fé cristiana que traslada los montes de un lugar á otro, surgió y se formó un pueblo valeroso, altivo, aventurero, entusiasta, henchido de ardentísima fé que, no pudiendo contener en el ámbito del pátrio suelo, necesitó para su espansion nuevos mares, nuevos continentes, un nuevo mundo; y los vencedores de los hijos de Islam volaron á él, y en breve los nombres de Dios y de la Vírgen purísima resonaron en las cumbres de los Andes y en las costas del mar Pacífico y desde el rio de San Lorenzo hasta el remoto cabo de Hornos. España, baluarte del ca-

tolicismo, tuvo entonces dos enemigos á quienes combatir; el Protestantismo, contra el cual alzó un muro de hierro en los Pirineos, mientras humillaba á sus sectarios en la batalla de Muhlberg; y el imperio de los turcos, cuyo creciente poderío causaba innumerables daños á los cristianos, especialmente por mar. Nada mas frecuente en aquella época, segun atestigua Cervantes, que el acercarse á favor de la noche ó á tiempo impensado los corsarios turcos á las tranquilas costas de Italia y España y en una sola noche los que se entregaron descuidados al sueño en España amanecer en Africa, cargados de cadenas. Habia crecido tanto la soberbia de los turcos que creyeron poder invadir á Italia y hasta apoderarse de la capital del Cristianismo. Ya en 1565 habian atacado á la Isla de Malta, estrellándose su bárbaro esfuerzo contra el valor tranquilo y sobrehumano de los Caballeros de San Juan de Jerusalem; pero cinco años despues arrebataron á los venecianos la Isla de Chipre, reduciendo á Nicosia su capital á lamentables ruinas. Lanzó entonces la Cristiandad un gemido de dolor; y así como en el siglo undécimo Urbano II empujó á los cristianos hácia el sepulcro de Cristo, cautivo en poder de los infieles, del mismo modo San Pio V que gobernaba la Iglesia á la sazon, llamó á todas las potencias Cristianas para que reprimiesen la insolencia de los vencedores Turcos. Ni Inglaterra, devorada de la heregía, ni Francia, presa de discordias civiles y religiosas respondieron á este llamamiento: sólo Italia y principalmente España. Equipóse una escuadra, mitad de españoles y la otra mitad compuesta de venecianos y de los súbditos de los Estados Pontificios, todos bajo la conducta del generalísimo D. Juan de Austria, hermano de nuestro monarca D. Felipe II, cuya armada salió en demanda de la de los turcos á la que encontró en el golfo de Lepanto, casi en los mismos mares donde diez

y seis siglos antes Antonio y Augusto se habian disputado el imperio del mundo.

Nuestro Cervantes, tipo del español brioso y lleno de fé, se hallaba á la sazon en Italia á donde le habia llevado su escasa fortuna; y al rumor de la jornada que se esperaba se embarcó en la escuadra de los Estados de la Iglesia. Soldado de grandes ánimos deseaba dar muestra del valor de su persona, y cristiano ferviente anhelaba derramar su sangre y dar su vida peleando contra los enemigos jurados del nombre de Cristo.

Trabóse el memorable combate: su resultado lo sabeis: la potencia marítima de los Turcos fué de tal suerte quebrantada, que desde entonces no pudieron acometer empresas de importancia: «dia fué aquel dichoso, dice Cervantes, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por el mar.» Nuestro Cervantes peleó allí como bueno y cayó, llagado el pecho con profunda herida y rota en mil partes la mano izquierda; pero sosteniendo aún su diestra la poderosa espada que habia teñido en sangre enemiga. Con razon se gloriaba mas tarde de su mutilacion y herida que á algunos dice «parece fea pero á mí me parece hermosa por haberla cobrado en la mas alta ocasion que han visto los siglos pasados, los presentes y esperan ver los venideros.» Apenas curado de sus heridas, continuó consagrando á su Dios y á su Rey el corazon animoso que dentro el pecho le latía y la diestra que le quedaba, y se halló en varios encuentros, hasta que en uno desgraciado, cediendo al número y no al valor de los contrarios, fué hecho prisionero y conducido cautivo á Argel.

Habeis visto al soldado valeroso, vereis ahora al cautivo cristiano que paciente y magnánimo no se abate por el infortunio.

Encerrado en los baños de Argel, bien podeis colegir lo que sufriría con un amo tan duro y cruel como lo era el de Cervantes, de quien este cuenta «que cada dia ahorcaba al suyo, empalaba á este ó desorejaba á aquel y esto por tan poca ocasion que los Turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo y por ser natural condicion suya el ser homicida del género humano.» De este mismo corsario refiere el P. Hacdo en su Topografía ó Historia de Argel» que era tan cruel bestia (son palabras testuales) que tenia su casa y bajeles llenos de orejas y narices cortadas á pobres cautivos cristianos por ligerísimas causas.»

En poder, pues, de este mónstruo, y no hombre, estuvo Cervantes cautivo; y escuso por tanto pintaros sus padecimientos, sus dolores, en los que resaltó siempre una singular fortaleza, mayor sin duda alguna y mas admirable que cuando lleno de brio blandía el fuerte acero en la batalla de Lepanto. Bien pudo decir de sí mismo sin nota de jactancia, que «fué cinco años y medio cautivo donde aprendió á tener paciencia en las adversidades.» En verdad, señores, que cuando ahora cualquiera que milita en alguno de esos partidos que llaman políticos sufre cualquiera leve persecucion, siquiera sea por breve tiempo, cien voces pregonan y ponderan su desgracia y anatematizan la arbitrariedad y la tiranía del perseguidor; y luego en el dia del triunfo del partido vencido preséntase aquel con aire de mártir á reclamar participacion en el mando ó en el botin del presupuesto. ¡Mísero Cervantes! el genio mas grande de su siglo y de otros anteriores y posteriores, el soldado heróico, cargado de cadenas, mutilado, cubierto de honrosas cicatrices no sabe mas que sufrir con valor cristiano su infortunio, sin quebrantarse un punto su valor ni amenguarse su aliento.

Por fin, rescatado por el ministerio de la Orden Re-

dentorista de la Santísima Trinidad, de esa Orden que con la de la Merced realizó el mas alto consejo Evangélico de la caridad fraterna, pudo volver á España. ¿Pero qué suerte le aguardaba? La de un mendigo, sin otros recursos que los que le proporcionaban algunas veces el Arzobispo de Toledo y el conde de Lemos virey de Nápoles; pero el que valeroso supo contrastar los peligros de la muerte en los combates y soportar resignado la dureza de un cruel cautiverio, tambien supo con frente serena sobrellevar la nueva y prolongada prueba de la pobreza y del abandono, y lo que es mas, la envidia de sus émulos. El fuego de las armas infieles habíale inutilizado la mano izquierda, pero quedóle otra; y esta esforzada diestra tantas veces alzada en pró de la Religion y de la pátria tomó entonces la pluma y escribió.....

No trato, señores, de hacer el análisis de sus obras, ni aún el de aquella que le ha alcanzado una fama imperecedera en la república de las letras. Esta novela, en que se contrapone admirablemente el espiritualismo y valor exagerados de uno de los personages á la cobardia, egoismo y positivismo del otro, es un libro que, al mismo tiempo que entretiene sin que canse, nos da documentos provechosísimos del valor verdadero, de la mas esquisita prudencia y del buen sentido práctico que huye igualmente de aquel espíritu fantástico que acomete imposibles empresas y no repara en medios para hacer lo que estima el bien, que de aquella tendencia grosera y materialista que ahoga los nobles impulsos del honor, de la generosidad y de la valentia. Cervantes tiene á los ojos de la Religion Católica y por consiguiente á los de sus ministros otro título que lo enaltece á mi consideracion en la ocasion presente, título muy superior á las bellezas literarias, á sus inimitables gracias y á su erudicion siempre amena y opor-

tuna. Ya os lo dige antes; Cervantes fué un ingenio cristiano, está fundado en el temor de Dios, principio de toda sabiduría, «Initium Sapientiæ timor Domini.» Vosotros que tantas veces habeis leido sus obras ¿no habeis notado con qué respeto habla siempre de la Santa Iglesia Católica á la que llama repetidas veces, «la Santa Iglesia Católica Romana» «el santísimo gremio de la Iglesia Romana?» no en una sino en varias ocasiones llamó á la Sagrada Teología la reina de todas las ciencias: recordad cuando el héroe de su poema enumera las obligaciones del Caballero dice que «el Caballero debe saber dar razon de la Cristiana ley que profesa clara y distintamente á donde quiera que le fuese pedido;» y en el discurso sobre las armas y las letras, ponderando el beneficio de la paz, se espresa en los siguientes términos que no desdeñaría el Venerable Granada,» y asi (dice,) las primeras nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los Angeles en aquella noche que fué nuestro dia cuando cantaron en los aires «Gloria sea en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad,» y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y el cielo enseñó á sus allegados y favorecidos fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen «paz sea en esta casa» y otras muchas veces les dijo «mi paz os doy, mi paz os dejo» bien como joya y prenda dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra y en el cielo no puede haber bien alguno.» Su devocion á la Santísima Vírgen, su veneracion á los Santos y á sus reliquias, su respeto al Sacerdocio se manifiestan en muchos pasages que no cito por no prolongar tanto este discurso; cosa tanto mas digna de alabarse, cuanto que sus escritos no son ascéticos, sino profanos y de entretenimiento agradable, aunque honesto. ¡Lauro verdaderamente envidiable! Cuan yo considero los males que el perverso uso de la pa-

labra ya escrita, ya hablada ha causado en el mundo; cuando recuerdo que Lutero con palabra de fuego arrastró tras sí á gran parte de Alemania, que Voltaire y Rousseau con sus burlas el uno, con su sentimentalismo el otro, envenenaron todo un siglo, y que las novelas de un Eugenio Sué han trastornado muchas cabezas y llenado muchos corazones de hiel contra la Iglesia y la sociedad; comprendo, señores, el precioso mérito de Cervantes que con imaginacion potente cual pocos, con su talento gigantesco, con su seductora pluma jamás se deslizó, ni aún entre los mas festivos chistes, en frase ó alusion que ofendiese la cristiana piedad; antes bien católico acendrado, nunca salió del cauce que señala la fé á sus seguidores. No podia esperarse menos del soldado que vertió su sangre en defensa de esa misma fé, del cautivo cristiano de heróica resignacion, del que sufrió los rigores de la adversidad hasta el último momento de su vida, con aquella magnanimidad propia de los que padecen al pié de la Cruz de Cristo. Por eso os dije antes que era preciso estudiar al hombre para conocer al Escritor.

Y ahora, señores, antes de terminar este ya prolongado discurso, decidme ¿no es cierto que los escritores nuestros en el siglo décimo sexto, se mueven en una atmósfera católica y altamente religiosa? ¿no habeis advertido que algunos de ellos con el laurel de la poesía y las galas de las literarias bellezas ciñen la diadema mas pura, sólida é imperecedera de la santidad? ¿No habeis visto en fin que este peregrino ingenio, á quien especialmente hoy conmemoramos, aunque voló tan alto, nunca se separó de los horizontes iluminados por el Sol de la católica Fé? Si, señores, esta es nuestra peculiar gloria: mientras que la poesía, la prosa, las artes en otras naciones, aún en el periodo de su mayor esplendor, aparecen manchadas con las profanidades

del paganismo, mientras que en Italia Maquiavelo, Franco y el Aretino, escriben libros abominables, indignos de una pluma cristiana, ó Julio Romano, Andrés del Sarto y hasta Miguel Angel pintan cuadros que no pueden mirarse sin padecer el pudor; mientras que los escritores del siglo de Luis XIV en Francia se agitan algunos de ellos entre las intrigas de la Corte, ó adulan otros á las cortesanas, levantadas á las esferas del poder, por el libertinage regio, nuestra patria en su siglo de oro, presenta escritores Santos, cuya doctrina purísima son el solaz de las almas favorecidas del cielo, poetas que cantan á Cristo á sus Santos, á la Religion y á la Patria. Juan de Herrera en tanto levanta el Escorial: Zurbarán nos traslada y los sombríos y melancólicos claustros en cuadros que respiran la severidad y abnegacion del estado monacal, y Murillo el pintor de la Vírgen sin mancilla y de los Angeles en sus suaves y dulcísimos lienzos nos convida á la meditacion y al deseo de la luz clara de los cielos y de la amable compañia de los bienaventurados.

Dos palabras mas: ¿y qué leccion se desprende de cuanto llevo expuesto? A vosotros me dirijo especialmente, señores, á los que haceis profesion de ciencias ó de letras, ó de cualquiera otra suerte tratais de comunicar vuestros pensamientos á la sociedad en que vivis: grande es vuestra responsabilidad. Sí: porque, ¡ay! de aquel á quien Dios concedió la luz del talento ó una palabra persuasiva, si en vez de emplear en dar gloria á su Criador ó en beneficio de sus hermanos tan altos dones, los usa, poniéndolos al servicio de la impiedad, del libertinage ó del ateismo. No temo yo esto de vosotros: sois españoles: y sabeis muy bien, y acabo de tener la honra de recordároslo, que la literatura española ha estado siempre inspirada en la Religion Católica, única verdadera. El literato español, el poeta, el

hombre de ciencias que entretuviese á sus lectores con escenas de un frívolo libertinage, cual lo hace Dumas, ó encendidas en el fuego de la lascivia, cual la muger que se oculta bajo el pseudónimo de Jorge Sand, ó como Sué en lanzar tiros envenenados contra la Sociedad civil y religiosa, no perteneceria al generoso linage de los Marianas, Leones, Granadas y Riojas, ni con lengua y pluma tan profanas podria acercarse á este túmulo erigido en honor del Rey de nuestros ingenios. Su sombra se alzaría indignada y lo rechazaria de este lugar; porque Cervantes, lo repetiremos, y será nuestro resúmen, fué un valeroso soldado de la fé, hasta derramar su sangre en su defensa, fué un cristiano resignado en su cruel cautiverio, escritor eminentemente católico, amó la Religion, honró á su Patria, enalteciéndola con sus escritos y humilde y piadoso hijo de la Iglesia murió vestido con el sayal penitente, de profeso de la tercera órden del humildísimo como grande delante de Dios, el glorioso Patriarca de Asis.

De esa fé, de esa piedad sincera, de ese amor patrio, de ese ingenio clarísimo habeis, señores, de procurar en vuestros escritos ser imitadores, segun la medida de vuestros talentos. Algunas veces, os lo confieso, este genio eminente, arrastrado de la viveza de su fantasía, ó del festivo carácter no contuvo sus pensamientos dentro de los límites de una severa castidad, tal vez su pluma se deslizó menos modesta ó no guardó aquella circunspeccion que fuera de desear se guardase: mas de esperar es que la divina misericordia le haya perdonado estas faltas de la humana debilidad. Rogar por él, elevar por él este incienso de la oracion que, si es humilde, penetra hasta los Cielos, es el objeto mas señalado á que vuestra piedad os ha conducido hoy aquí. Hagámoslo, pues, con fé sincera, con esperanza viva, con encendida caridad.

Señor, que imprimiste en el alma del varon que especialmente hemos conmemorado, una huella tan grande de tu creador espíritu: si todavia no le has borrado del libro de tu justicia, si las culpas de hombre, concebido en pecado. le privan aún de ver la clara luz de tu gloria, que nada manchado admite; acuérdate de tu misericordia, acuérdate que siempre creyó en ti, que en defensa de tu fé derramó su sangre y gimió cautivo entre cadenas. Viva, Señor, yá la verdadera vida: el precio de esa víctima de paz que poco hace se inmoló en el ara santa le redima y le salve. Para él y todos los escritores castellanos descanso y paz eterna; para ellos y para él resplandezca la luz perpétua de tu gloria. Amen.

CURIOSAS NOTICIAS

DE

LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

Por indudable se ha tenido hasta ahora, que el lugar de la Mancha que Cervantes hizo patria de Don Quijote es Argamasilla de Alba.

Si bien en el primer capítulo dice: *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme*, al fin viene á declararlo por medio de la imaginada Academia de la Argamasilla, cuyos individuos dedicaron epitáfios á Don Quijote, á Dulcinea y á Sancho Panza.

Mas aún: el fingido, licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, continuador del libro, lo dedica al alcalde, regidores *é hidalgos de la noble villa del Argamasilla, patria feliz de Don Quijote*, con lo que parece alejada toda duda.

Es cierto que Cervantes en el último capítulo de la segunda parte, escribe:

Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Pero es igualmente cierto que lo que Cervantes quiso en la primera parte de su libro dar solo á entender, Avellaneda contra su deseo lo manifestó, por lo que el ilustre novelista se vió precisado á expresar que no estaba con puntualidad declarado, á fin de que no se creyesen aludidos los vecinos de Argamasilla de Alba que quiso retratar, ó á quienes atribuyó imaginarios hechos.

Muy recientemente se ha pretendido que sea otra la patria de Don Quijote, contra estos argumentos y contra las tradiciones que hay en la Argamasilla desde los tiempos de Cervantes.

Una de aquellas se cifra en observar que Cervantes escribió que Don Quijote vivia en un *lugar de la Mancha*, y que esto no pudo decirlo de Argamasilla, que era *villa* y no *lugar*, argumento que se desvanece fácilmente con el recuerdo de que al terminar la primera parte, se lee lo que sigue:

Los Académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroso Don Quijote de la Mancha, hoc scripserunt.

Tenemos, pues, de un modo innegable, que Cervantes llamó claramente lugar á Argamasilla.

Y ¿cómo no llamarlo, si esa villa se denominaba indistintamente *lugar nuevo* ó *Argamasilla*, *Argamasilla* ó *lugar nuevo*?

Existen curiosas noticias de este pueblo en el tiempo en que el Quijote fué escrito y publicado; noticias hasta hoy desconocidas de los que del libro de Cervantes han tratado.

Podemos, pues, trasladarnos con la imaginacion á aquel siglo y á aquella villa, y vivir unos instantes en su recinto y conocer á sus moradores.

En el libro intitulado «*Annales del órden de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced. Parte segunda*, escritos por el Padre Fray Pedro de San Cecilio, Barcelona 1669», se dedican algunas páginas á la fundacion del convento de Argamasilla de Alba en 1607, es decir, dos años despues de publicarse la primera parte de Don Quijote.

Voy á entresacar algunas noticias referentes á la ilustracion de este libro:

Es poblacion moderna de mucho ménos de doscientos años de antigüedad, y por eso bien dispuesta, con las calles muy iguales y parejas, y las casas comunmente capaces y de buena fábrica. Entendemos, y así se dice por cosa cierta, haberla fundado un gran prior de San Juan, que por ser de la casa de los duques de Alba la puso el apellido que hoy tiene, llamándose Argamasilla de Alba. Seria D. Diego de Toledo, hijo del segundo duque de Alba, D. Fadrique Alvarez de Toledo, que tuvo esta dignidad en tiempo de los señores Reyes Católicos de gloriosa memoria, no habiéndola tenido antes de él otro caballero de aquella casa. Llámase esta villa por otro nombre, como dijimos, LUGAR NUEVO, y por este es tan conocida en ambas Castillas como por el otro.

Bastaba, pues, á Cervantes decir *lugar de la Mancha*, cuyo nombre no queria recordar, para que se infiriese que se trataba del *lugar nuevo* por escelencia ó Argamasilla de Alba.

De sus vecinos escribia el padre San Cecilio que

Su gente toda es de reputacion y hay en ella muchas familias conocidas por nobles. Las que no tienen tanta notoriedad, manifiestan serlo en sus procedimientos, en su porte y trato, tan urbano como el que más de todo aquel territorio.

Descríbese la situacion de Argamasilla de Alba en estos términos:

Tiene á su parte Aquilonar el campo que llaman de Quintana y entre el Austral y el Occidental el de Montiel.

Palabras estas últimas que nos recuerdan las del capítulo II, en que se refiere la primera salida de D. Quijote cuando, *dejando las ociosas plumas subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.*

Añade fray Pedro de San Cecilio que dista Argamasilla

Cuatro leguas al Mediodia de las lagunas que llaman de Ruidera, en las faldas de la sierra de Alcaráz, donde nace el rio Guadiana... Divide á esta villa en dos barrios el mayor de tres brazos en que se parte el mismo rio, encaminado por allí de propósito por el mismo que la fundó para mayor hermosura suya y comodidad de sus vecinos, que cuando quieren limpian su madre echando su corriente por otra parte con mucha facilidad.

Ese es el arroyo junto al cual halló el page de los duques á Sanchica lavando con otras mujeres ántes de entrar en el lugar en busca de Teresa Panza, para entregarle la carta del gobernador de la Insula Barataria, y una sarta de corales con extremos de oro, regalo de la duquesa.

En tiempo de D. Quijote era villa muy poblada.

Cuando el convento se fundó (dice el cronista de órden) pasaban de ochocientos los vecinos.... y estaba tan opulenta y rica en comun y en particular, que le llamaban Rio de la Plata por la mucha que habia en ella. Hoy está con tanta disminucion que no llega su vecindad a la mitad que entonces. Han llegado á tanto sus alcances y aprietos, que si antes se contaba en ella cual ó cual necesitado, ahora (1669), se pueden contar los que tienen una razonable pasadia, y apenas llegarán á doce. Sin embargo de esto, MANTIENEN TODOS SU PUNDONOR, y para andar bien tratados no les ha de faltar.

Seguidamente toca el padre fray Pedro de San Cecilio el punto de la expulsion de los moriscos con respecto á Argamasilla de Alba, y nos trae á las mientes así las aventuras de Ricote, el morisco, tendero del lugar y vecino y

amigo de Sancho Panza, morisco tan rico, que dejó en su salida oculto un tesoro, como los sucesos de su hija la morisca Ana Ricote y su apasionado D. Gaspar Gregorio, mancebo mayorazgo rico.

Véanse las palabras de aquel religioso:

Comenzó el lugar á decaecer cuando la expulsion de los moriscos, gente aplicada, contínua en el trabajo, enemiga de ociosidad, y que sin daño ageno buscaban su provecho. Habianse avecindado allí no poco de los que fueron echados del reino de Granada, cuando en él se rebelaron, y éstos pusieron codicia en los demás obligándolos con su ejemplo á trabajar, cultivar sus heredades, labrar sus tierras, con que todo manaba en riquezas lícitamente adquiridas. Faltaron ellos y los demás comenzaron á desmayar en sus labores y oficios, y consiguientemente á sujetarse á la penuria poco á poco.

Llegamos á la persona de quien la tradicion de Argamasilla asegura ser el verdadero D. Quijote. Aludo á Don Rodrigo Pacheco, hidalgo cuyo retrato se halla en una capilla de la iglesia parroquial, juntamente con el de su sobrina doña Melchora Pacheco, y por el que se sabe que aquel sugeto era de elevada estatura, carilargo y bigotudo, señas que concuerdan con las de D. Quijote, segun las discretas y oportunas observaciones del Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Del tal D. Rodrigo Pacheco, habla la crónica de la Merced de esta manera:

Muchos dias habia que aquella villa, por ser entónces de más de 800 vecinos, y tener mucha gente rica y pocos clérigos que la doctrinasen, deseaba tener convento de religion reformada que acudiese á su direccion y necesidades espirituales. Considerado todo esto por UNO DE SUS VECINOS, NOBLE, RICO Y LLAMADO D. RODRIGO PACHECO, habia intentado fundar uno para beneficio público, y aun hecho algunos gastos en órden á darle principio; PERO DESPUES DESISTIÓ DEL INTENTO, CONTENTÁNDOSE CON COMPRAR SITIO EN QUE HACER EN LA PARROQUIA UNA CAPILLA PARA ENTIERRO SUYO Y DE SUS DESCENDIENTES. Otros dirán la causa deste desistimiento.

No se apunta; pero de lo que luego se dirá, se infiere

con evidencia, que tuvo ó debió tener parte en ello la persuasion del cura ó prior de aquella iglesia.

En la misma crónica de la Merced, se consignan los nombres de algunos de los vecinos mas importantes de Argamasilla de Alba, que asistieron en 1607 á un cabildo abierto para tratar de la fundacion del convento. Allí se leen los de Leonardo Ramirez, boticario, Juan Prieto de Bárcena y Pedro del Cura, alcaldes ordinarios, regidor luego el primero, y más tarde en su sustitucion alcalde ordinario Gabriel de la Orden, D. Jorge Pacheco y Pedro Martin Carnicer, regidores, doña Ana de Amaya, *señora principal y muy poderosa en aquella tierra,* y Alonso de Almagro, mayordomo en la ermita de Santa Ana.

Del mismo D. Rodrigo Pacheco de Avilés, que así es el complemento de su apellido, se dice luego que *estaba muy venerado en aquella república, por ser tan noble y calificado y estarles todos en grandes obligaciones.*

De escribanos de Argamasilla se enumeran tres: Diego de Campos, que lo era público y del ayuntamiento, Pedro Almenara y Juan de Mayorga, uno de los cuales debió ser ante quien Cervantes hizo que el hidalgo manchego testase, ya en su cabal juicio y olvidado de las quimeras fantásticas de la caballería andantesca.

Resta tratar del cura, á quien Miguel de Cervantes da el nombre de Pedro Perez con el título de licenciado adquirido en Sigüenza, hombre docto, ingenioso é invencionero.

El cura de Argamasilla en 1612, ó mejor dicho, el prior de aquella iglesia era el licenciado frey Francisco Galindo de la Beldad. En julio de dicho año entregó solemnemente á los padres de la Merced la ermita de Santa Ana para convento.

El licenciado Galindo de la Beldad, de acuerdo con el clero de Argamasilla, se desavino con ellos sobre atribuciones, de que sucedió «que el prior y sus clérigos vejasen en muchas ocasiones á los religiosos de obra y palabra.»

Aunque estos en octubre acudieron al gran prior de San Juan en queja y alcanzaron providencias satisfactorias y se mandó al prior de Argamasilla que las guardase á la letra, el cronista de la Merced nos dice que frey Francisco Galindo de la Beldad, instado por sus clérigos, aunque dijo que las obedecia, no cumplió cosa de las que en ellas se mandaba, con ser todas muy prudentes, razonables y justificadas, ántes buscó nuevos caminos *por donde dar á los frailes en que entender y traerlos á la melena.*

Siguieron por algunos años mas las diferencias entre el clero de Argamasilla y los religiosos de la Merced, con grandes vejaciones de estos, así en obras como en palabras, apesar de las cartas del gran prior de San Juan, sin que vuelva á leerse mas el nombre de frey Francisco Galindo de la Beldad en el curso de los *Anales de la Orden.*

Tales son las noticias que se han hallado en ellos, referentes á Argamasilla de Alba, á sus moradores, á sus costumbres y á los personajes que con otros nombres aparecen en el Quijote.

Estas sencillas investigaciones mias, quizás puedan despertar el ánimo de los verdaderamente eruditos, para dirigir las suyas con más acierto y ventura al esclarecimiento de los orígenes del libro del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, en el cual siempre se encuentra algo nuevo que aprender y mucho que ilustrar.

José María de Gaona.

Cádiz, Abril de 1872.

A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Al númen inmortal, al genio insigne
Que dió renombre á la española tierra,
Al heróico soldado que en Lepanto
Supo humillar las huestes agarenas,
Luchando por su Dios y por su patria
Con valor indecible y fé sin mengua,
Al infeliz cautivo que gimiendo
Regó con llanto la africana arena,
Y bajo el sol de Argelia sofocante
Arrastró del esclavo las cadenas,
Al fénix de las letras castellanas
Que luce esplendoroso, cual lumbrera
Que destaca en el alto firmamento
Y reparte sus rayos en madejas,
Al genio acariciado de las musas,
Ornato y prez de la nacion ibera,
Al mas fecundo entre inspirados vates,
Himnos de bendicion cante hoy mi lengua.
Ante su tumba helada y silenciosa

Mi pecho herido y congojado tiembla
Al ver saltar la losa cineraria
Y una sombra subir que se hace inmensa.
Esa sombra es la fama, que creciendo
Corre á buscar las apartadas tierras,
Y al volar del un polo al otro polo
Cual el ave de rama en rama vuela,
Justicia clama con su voz potente,
Justicia por los ámbitos resuena.
Ya que infelice un tiempo y abatido,
Bajo el influjo de fatal estrella
Cruzara el mar revuelto de la vida,
Devorando su pecho honda tristeza,
Por siempre haced insigne su memoria
Y su ciencia y su fé benditas sean.
Venid, oh bardos, de la madre patria
A cantar nobles glorias y proezas,
Y ébrios de inspiracion decid al mundo
Que es digno el genio de alabanza eterna.

MANUEL CERERO Y SOLER.

ANIVERSARIO 256

DE LA

MUERTE DE CERVANTES.

> Un aplauso público, general, contínuo é irrecusable ha calificado al QUIJOTE de primer modelo clásico entre las ficciones de su especie, y uno de los monumentos más notables del ingenio moderno.
>
> TIKNOR.

SEÑORES:

La solemnidad literaria que esta noche celebramos, merced á la iniciativa y celo del ilustre escritor Don Adolfo de Castro, patentiza afortunadamente que en Cádiz es donde con más entusiasmo se conmemora este año el aniversario 256 de la muerte de Cervantes.

Y no es esto decir que no se verifique con gran veneracion tambien entre todos los cervantistas de España. Sabemos que Madrid, Toledo, Valencia, Sevilla, Barcelona, Vitoria, Lorca, Santander, Arévalo y otras poblaciones han rendido y rendirán hoy, por medio de sus centros literarios ó de reuniones particulares, un tributo de admiracion al más insigne escritor de la patria.

Pero en Cádiz es mayor el entusiasmo: Cádiz parece que ha pretendido rivalizar con todas las capitales de España en el modo vario de celebrar la solemne fecha de hoy. En Cádiz se han verificado honras fúnebres: en Cádiz la prensa unánime ha tributado el homenaje de su respeto al gran escritor: en Cádiz, en fin, se hallan reunidos en este momento los afectos á Cervantes, los literatos de la localidad, las personas más ilustradas de la poblacion para venerar la memoria del inimitable autor del *Quijote*, y como para desagraviarle de las injurias y de las injustas persecuciones que padeció por parte de su época.

¡Y cuánto sufre, señores, todo corazon grande y noble al observar la indigencia, la desdicha y el luto que rodeó siempre á Cervantes y á su familia! ¡Qué hombre tan desgraciado! y ¡qué hombre á la vez tan eminente!

Parece como que la fortuna se le mostró en todo adversa durante su vida para que luego la posteridad premiase mejor sus merecimientos y sus virtudes. Su vida fué una constante y cruentísima lucha contra la maldad, contra el odio, contra la envidia, contra la pobreza, contra las pasiones más egoistas y rastreras. Nadie lo comprendió en su época. Aquel talento privilegiado estaba condenado á sufrir toda suerte de penalidades ántes que la humanidad le hiciese justicia.

Ni sus merecimientos de soldado, ni su talento de escritor, ni su virtud de ciudadano le daban importancia alguna á la vista de sus obcecados contemporáneos. Estos creyeron, en su mayor parte, que las obras de Cervantes no serian admiradas por la posteridad, y no se curaron de dejar á las generaciones sucesivas el bosquejo de la vida de un escritor tan original, tan incomparable y tan eminente. Si algunos amigos alababan sus composiciones, los

más de los autores, sus coetáneos, las desdeñaban y aun zaherian.

Los ídolos literarios de aquel tiempo, Lope de Vega y Quevedo, hallaron preconizadores hiperbólicos de sus excelencias y perfecciones en Montalvan y Antonio de Tarsia: hasta un apasionado discípulo de Montalvan, aquella brillante medianía de nuestro gran siglo de oro, levantó un monumento laudatorio, en union de otros amigos, á la memoria del malogrado autor de *No hay vida como la honra*. Así ha sido tan fácil escribir las biografías de estos autores, y aun hasta conocer las menores peripecias y vicisitudes de su existencia; en tanto que, para delinear y comprender, no del todo perfectamente, la de Cervantes, han sido preciso tiempo, investigaciones, conjeturas y hallazgo de preciosos é inestimables documentos.

Nó: jamás podrá perdonarse á la sociedad letrada del tiempo de los Felipes, á los que se vendian por amigos de Cervantes, á los poetas á quienes él habia noblemente elogiado, á los escritores á quienes él estimó y sublimó en vida, la glacial indiferencia con que vieron bajar al sepulcro á aquel grande hombre, cuya nobleza de corazon sólo era comparable con la eminencia de su genio.

Moria Lope de Vega, ó Quevedo, ó Calderon, ó cualquiera otra lumbrera de la patria literatura, y todos se disputaban el honor de elogiarlos y de encarecerlos.—Hemos perdido una gloria nacional—parecia escucharse entónces por todas partes.—Honremos su memoria—repetian todos los labios. Y así se verificaba. Reyes, príncipes, dignidades, nobleza, clero, escritores, poetas, gremios, pueblo, todos, en fin, animados de idénticos sentimientos tributaban el homenaje de sus respetos, de su veneracion, de sus loores, á la fama de aquel talento que fenecía y que tan

señaladamente habia realzado á su patria en la esfera intelectual. La muerte de esos ilustres hombres era un acontecimiento señalado: sus exequias, casi una luctuosa solemnidad nacional: honrábanles con elogios los oradores, con elegías los poetas, con funciones religiosas los templos, con piadosos actos sus familias, con cuidadosos epitafios y coronas fúnebres sus amigos ó sus discípulos. Se sentia la muerte del genio y se procuraba eternizar su memoria.

Pero espiraba Cervantes, y ¡qué indiferencia, qué desden, qué sepulcral silencio se notaba! ¿Sabian los contemporáneos del gran escritor el mérito que atesoraba aquel hombre que bajaba á la tumba? Creemos que nó.

No se concibe de otro modo tal silencio, tal desden y semejante indiferencia. Parece que los sabios, los ignorantes, los príncipes, las dignidades, los poetas, todas las clases de la sociedad se conjuraron para hacer pasar desapercibida la muerte de Cervantes, como si todos lo desdeñasen; como si todos tuviesen olvidado que aquel era el soldado que heróicamente peleára en Lepanto; como si todos hubiesen perdido de la memoria que aquel hombre habia sido poeta, escritor, crítico y el primer novelista de la nacion; como si todos se hubieran propuesto entregar al desprecio al desvalido comisionista de Valladolid; como si todos, en una palabra, obcecados, injustos y refinadamente crueles hubieran determinado decir á Cervantes en su lecho de agonía:—sufre, padece, muere ahí pobre, solo y desamparado: tu vida ó tu muerte nos es por igual indiferente: tú no eres una gloria nacional: tú no eres un genio: tú no has escrito nada notable: la posteridad no se ocupará de tí!!—

Ah! ¡cuán equivocados anduvieron los contemporá-

neos de Cervantes, y cuán mal procedieron con el eminente escritor! ¡Qué martirio tan prolongado hicieron sufrir á aquella alma, todo magnanimidad, la ignorancia, la envidia y la malevolencia!

Así lograron sus enemigos lo que deseaban: así consiguieron que muriese el mayor ingenio que ha producido España en una pobre vivienda, sumergido en la miseria más espantosa, rodeado sólo de una esposa desolada, de un sacerdote virtuoso, y de algun amigo sincero: así fué conducido su cadáver, casi de limosna, sin fausto y sin cortejo á las Trinitarias de Madrid por los hermanos de la órden tercera de San Francisco: así el lugar de su tumba quedó ignorado y no hubo siquiera una mano amiga para colocar sobre su sepulcro una modesta lápida que dijese á las generaciones futuras: Aqui yace Cervantes.

El gran escritor que entregó á Dios cristianamente su espíritu el 23 de Abril de 1616, ha sido despues con justicia desagraviado por la posteridad.

Se ha comprendido que sus coetáneos fueron injustos: se han investigado datos: se ha restablecido la verdad: las míseras cuestiones de personas han desaparecido: se ha difundido clara luz sobre la vida del gran autor por eruditos biógrafos: el entusiasmo ha cundido y cunde de una manera prodigiosa: se han hecho costosas y bellísimas ediciones del *Quijote*, de esa admirable obra que desdeñosamente ridiculizaba el afortunado Lope de Vega: las Academias conmemoran esta fecha: los Ateneos abren certámenes: en los templos cristianos se elevan preces al Altísimo por el eterno descanso del alma del incomparable escritor: la prensa menciona tal recuerdo con exquisito celo y cuidado: todos, en fin, unánimes, sin discusion, admiradores de Cervantes, han proclamado la superiori-

dad de ese autor entre todos los de nuestra patria por la castiza frase, amenidad descriptiva, belleza de estilo y encantador é ingenioso ornamento que esmaltan y embellecen sus imperecederas concepciones.

¡Gloria, pues, al eminente escritor del *Quijote*, que á nadie imitó, ni por nadie podrá ser imitado! ¡Y gloria tambien á todos los literatos, eruditos y biógrafos que con sus desvelos y su constancia han sabido excitar y mantener hácia Cervantes un culto tan entusiasta como patriótico!

He dicho.

RAMOM LEON MAINEZ.

A CERVANTES.

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

ODA.

¡Gloria al genio! Su lumbre soberana
A través de los siglos ilumina
La humanidad con su esplendor fecundo,
Y de la sombra vana
Que el polvo encierra, con poder fulmina
Rayo sublime que contempla el mundo:
Y cien generaciones
En torno de las tumbas agrupadas,
Escuchan admiradas
Las que el genio enseñó bellas lecciones;
Y si desprecio hallaron y aun olvido
En premio á sus afanes
Almas grandes que el genio señorea,
Sacra posteridad rinde á sus manes
En protesta de lauro merecido,
Gloria sin fin que su corona sea.

¡Gloria al genio, y á tí gloria, Cervantes,
Alzador de préclaro monumento
Que sublima las letras españolas!
Tú, soldado leal, que en espumantes
Y enrogecidas olas,
Por la cruz y tu fé con vivo aliento,
A la raza de Agar poniendo espanto
Tu sangre das al inmortal Lepanto:
Tú, el esclavo argelino
Qué, aun mas esclavo fiel de tu nobleza,
Quieres romper el lazo que el destino
Ató á pueblos impuros,
Fingiendo en tu grandeza
La Cruz de Cristo y el pendon de España
De Argel enarbolar sobre los muros:
Tú, el rescatado por la fé bendita
De la heróica familia Redentora,
Para que luzca á la española gente
El fuego que te agita
Y la noble riqueza de tu mente:
Tú, el siempre de los tuyos olvidado,
Por miseria y afrentas abatido,
Jamás recompensado,
Y de émulos indignos perseguido....
¡Ah! deja que en tributo á la memoria
De tu vida inmortal, hoy te bendiga
España entera, y en tu aplauso diga:
«¡Gloria al genio, y á tí, Cervantes, gloria!»

Y la España de Otumba y de Granada,
De San Quintin, Las Navas y Lepanto,
Y la patria que un dia
Los pueblos, con espanto,

De ninguno miraron dominada
Siendo de pueblos mil dominadora,
Cuando sonó la hora
En que su sol, que ardiente relucia,
En triste sombra mústio decayera,
Vió de su seno levantarse un hombre,
Llama brotando de su altivo genio,
Que alzó en las letras, de la España el nombre:
Así feliz matrona,
Madre de egregios hijos
Que fúlgida entretejen su corona,
Al declinar su vida en el ocaso,
De nuevo siente palpitar su seno,
Y con extraño modo y raro caso
Tras afanes prolijos,
Hijo nuevo dá á luz, que en gloria escede
A cuanto noble y grande le precede.

Tu obra ilustre, sublime monumento
De belleza, de gracia y galanura,
El buen gusto salvó. Grato portento,
Que describes y apuras
Hazañas mil que el númen imagina,
Al mundo sabes dar serias lecciones
Con bello colorido de ficciones.
¿Qué importa que tu edad, que se desata
Contra el fecundo parto de tu mente,
La finja baladí, si se retrata
La humanidad en ella, y toda gente
Mira en el libro que trazó tu mano
Espejo fiel del corazon humano?
¿Qué importa que tu nombre
No fije el mármol en la tumba fria,

Si tu fama inmortal y tu renombre,
Desde un rincon oscuro y solitario
Del templo trinitario,
Claros destellos de su luz envia?
¿Y qué importa que un velo
De ignominia y afrenta
Quieran necios lanzar á tu memoria,
Si, humillado su pérfido desvelo,
El espíritu noble que te alienta
Vindicará la España agradecida,
Y la imparcial historia
En bronce y mármol grabará tu gloria?

Hoy, Cervantes, permite
Que, volando á la tumba funeraria
Donde tus restos, confundidos yacen,
Con entusiasmo férvido se agite
En sentida plegaria
Cuanto pecho español con fé palpite:
Sí, deja que en tributo á la memoria
De tu nombre inmortal, hoy te bendiga
La España entera, y en tu aplauso diga:
«¡Al noble genio de Cervantes gloria!»

José Maria Leon y Dominguez.

Cádiz 23 de Abril de 1872.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL RETRATO DE CERVANTES.

Suele ataviar el deseo las ilusiones como realidades, y si el de famoso ingenio las fabrica adórnalas con gentileza tal, que embargan el ánimo impidiendo buscar la certeza.

Hé aquí por qué corre entre los aficionados al ilustre Manco de Lepanto, con gran crédito de verdadero, un su retrato, que la solicitud de D. José M. Asensio creyera encontrar en un cuadro de Pacheco, que se conserva en el Museo provincial de Sevilla.

Pesaroso me hallaria si al sentar las anteriores líneas no hubiese por consejera la verdad y no me impulsara el afan de que, continuando el indagar de los doctos y curiosos, se logre al fin el retrato de Miguel de Cervantes Saavedra.

Pero dejando á mas tarde justificaciones, aduciré seguidamente las pruebas que mi atrevimiento necesita, para, demostrando que victima fué de una falsa noticia el erudito señor Asensio, alcanzar indulgencia.

I.

Llamó la atencion de los estudiosos en el año de 1864 un peregrino folleto del eminente literato D. José M. Asensio, en el cual dábase por encontrado el retrato de Miguel de Cervantes Saavedra.

El hallazgo se presentaba como tanto mas felicísimo cuanto lo aumentara que la pintura la hiciera el célebre Francisco Pacheco, quien trasladaba al lienzo, no solo los rasgos de la fisonomía sino al par los del carácter y de la inteligencia del sugeto que retratara.

Esto, que á elogio de un pintor sevillano tomaran los que no conozcan las excelencias de su pincel, es juicio casi enemigo de Pacheco; pues debe agregarse que con esmeroso cuidado estudiaba los asuntos que se le encomendaran, y luego con superior filosofía y estrema verdad los presentaba.

¿Dónde adquirió la importantísima noticia el señor Asensio de que Pacheco retratase á Cervantes?

En un folleto manuscrito, intitulado *Relacion de las cosas de Sevilla de* 1590 *á* 1640 que sin nombre de autor poseia en su biblioteca D. Rafael Monti, deciase que en uno de los seis cuadros, que pintaran en competencia para el claustro del convento Casa grande de la Merced Alonso Vazquez y Francisco Pacheco, está retratado Miguel de Cervantes con otras personas que habian estado en Argel, y que el cuadro representa á los Padres de la Redencion con algunos cautivos.

De aqui partieron las investigaciones del señor Asensio, que no dá paz á su solícito afan hasta presentar á los

aficionados á la grandeza de Cervantes el tan codiciado retrato de este.

Un pintor, cual Pacheco, que tan en cariñosa intimidad con Cervantes supone Asensio, nunca le hubiera colocado en un cuadro dedicado á enaltecer á los que merecieran del animoso cautivo, que en sus hierros hacia temblar al rey de Argel por sus estados, la finísima sátira que puso en lábios del sacristan en la comedia, *Los baños de Argel*.

Por ingeniosa industria líbrase el sacristan del cautiverio y en acabando de contar á sus compañeros la para él ventura inesperada, entra en escena un cristiano y dice:

Cris. La limosna ha llegado
á Bujia cristianos.
Os. Buenas nuevas son estas.
¿Quién viene?
Cris. La Merced,
Os. Dios nos la haga.
¿Y quién la trae á cargo?
Cris. Dícenme que un prudente varon,
y que se llama fray Jorge de Olivar.
Sac. Venga en buen hora.
Os. Un fray Rodrigo de Arce
ha estado aquí otras veces,
y es desa mesma Orden,
de condicion real, de ánimo noble.
Sac. POR LO MENOS ME AHORRO
REVERENCIAS Y RUEGOS,
gracias á Sedequias
y al rabí Netalim, que dió el dinero.

Si Cervantes dejó á su pluma decir las palabras que subrayo ¿cómo Pacheco, tan amigo suyo cual nos le pinta Asensio, que mayores sátiras debió escuchar de sus lábios, lo hizo figurar entre los que no le atendieron *ruegos, ni reverencias*, POR LO MENOS?

La frase del sacristan es tanto mas digna de atencion cuanto anteriormente dice el mismo, hablando de fray Jor-

ge Olivar, amigo grande de Cervantes: *venga en buen hora*, lo cual denota que si el mercenario causábale alegria, la Orden no le arrancaba plácemes.

II.

De la mano hemos venido á la mas grave objecion que al señor Asensio puede hacérsele.

Cervantes no consta que fuese amigo de Pacheco y nada induce á creer le tuviera en conocimiento.

Asensio cita el célebre soneto que empieza:

¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblon por describilla!

como prueba de las relaciones que cultivaban Cervantes y Pacheco, prueba peregrinísima cuyo fundamento es que: decorando Pacheco con Vazquez y Salcedo el túmulo erigido en la Catedral de Sevilla para los funerales del rey Felipe II en 1598, y como quiera que el ilustre autor del Quijote dedicara á la ruidosa cuestion de etiqueta, que surgiera en las ceremonias, aquellos versos que estimara por honra principal de sus escritos, se deduce que al pintor poeta lazos de amistad le unian.

La prueba satisfará al señor Asensio; mas segurísimo es que solo al señor Asensio.

Cervantes en el *Canto de Caliope* elogia á Francisco Pacheco, eminente en letras, pero este Francisco Pacheco es el tio del célebre pintor.

En el *Viage al Parnaso* publicado tres años antes de su muerte, no estaba citado tampoco por Cervantes el poeta pintor.

¿Por qué este silencio?

Porque no existia conocimiento entre ambos, pues de otro modo si tantos á su pluma acudieron para la alabanza, ¿cómo Cervantes olvidó á Pacheco, poeta renombrado, su amigo, el autor de uno de sus retratos, y retrato que á su mente trugera una de las mas notables desdichas de su agitadísima existencia?

Raro seria olvido semejante, que podria hacer caer sobre el autor de las Novelas ejemplares, tan delicado siempre, la nota de ingrato.

III.

Busca el señor Asensio pruebas de que Pacheco pintara el retrato de Cervantes, y cree que decisivas las suministra aquel en su precioso é inimitable *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, cuyo original tuvo la fortuna de adquirir en 1864.

¿En qué quiere fundar no ya sospechas de certezas sino realidades?

En las siguientes frases que el poeta pintor escribiera hablando del padre provincial de la Orden de la Merced fray Juan Bernal, que habia estado en Argel haciendo oficio de redentor.

> Estuvo primero en una capilla DEL CLAUSTRO donde vinieron todas las religiones y yo le retraté y es una de mis felicidades como el averme él mismo elegido, antes que á otro, en lo mejor de mis estudios, PARA LOS CUADROS DESTE PROPIO LUGAR y assi justamente obligado, LO PINTÉ VIVO DESPUES EN UNO DE ELLOS.

Siguiendo al señor Asensio se sacarian siempre donosas conclusiones.

En la *Relacion de las cosas de Sevilla de* 1580 *á* 1640 se dice que Pacheco y Alonso Vazquez pintaron seis cuadros en competencia, para el *claustro* del convento Casa grande de la Merced, y que Miguel de Cervantes está retratado en uno de ellos con otras personas que en Argel estuvieron.

Pacheco dice que retrató en uno de los suyos á fray Juan Bernal.

Deduccion segun Asensio: Cervantes está efectivamente pintado vivo en el mismo cuadro, pues lo está fray Juan Bernal.

Pacheco, amigo de Cervantes, que le incluia en su *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* como á Fray Juan Bernal, que tambien lo trasladara al lienzo, aludiendo á uno de sus mas heróicos é infortunados proyectos de evasion ¿no hubiese dicho que pintado vivo habia tanto al uno como al otro?

Pacheco dice que trasladó uno de sus retratos al lienzo: ¿por qué callar que tambien lo habia hecho con el del cautivo, que obligaba al Rey de Argel á decir: que teniendo en seguro á Cervantes, en seguro su reino estaba?

Cean Bermudez en su *Diccionario de Pintores* fué el primero que dijo que Pacheco hizo al lápiz en su libro de retratos el de Cervantes; pero no hay mas autoridad que su dicho y este en nada ayudaria al señor Asensio, pues, aun concediéndolo como verdadero, no da motivo para sostener que del libro al lienzo el pintor poeta lo trasladase.

IV.

Las palabras de Cervantes son la única guia que de-

be llevar á la vista el que busque su retrato, dice el señor Asensio, y en verdad que olvidó grandemente su dicho seducido por el noble propósito de dar á los admiradores del ilustre Manco la pintura de este.

En el prólogo de las Novelas ejemplares dice Cervantes:

Bien pudiera como es uso y costumbre grabarme y esculpirme en la primera hoja de este libro, pues le diera mi retrato el famoso don Juan de Jáuregui.

Cervantes, cuyas palabras son la única guia que debe llevar á la vista el que busque su retrato, dice que Juan de Jáuregui y no Pacheco lo hiciera.

Si este último tambien lo hubiese retratado, al citar al uno citaria al otro y dicho: *pues le dieran mi retrato el famoso D. Juan de Jáuregui* y *Francisco Pacheco.*

¿Por qué semejante olvido?

No se comprende sobre todo en Cervantes que tanto de sí habló, olvidase tres años antes de su muerte á Francisco Pacheco, y no solo no lo citase, sino que no incluyéndolo en el viage al Parnaso tampoco en mientes le tuviera en Novelas y sí á Jáuregui, cuando este no le colocara en cuadro célebre de devocion y sí el otro.

Concluyen vacilaciones, terminan dudas, desvanécense ilusiones, engaños de la fantasía quítanse con las palabras del autor del Ingenioso Hidalgo; pero aun sobran argumentos que presentar al eminente literato don José Maria Asensio, victima esta vez de los nobles, levantados y honrosos propósitos de entregar á los amantes de una de las primeras, de la mayor gloria de la pátria, su retrato, reparando en parte las injurias de la desdicha y de la adversidad que en vida persiguieran á Cervantes y que despues de muerto se ensañan con sus restos perdiéndolos, y escon-

diéndolo en su retrato de quienes cultos de admiracion le rendirian.

V.

Dice D. José Maria Asensio estas palabras:

Es retrato tambien el Padre Redentor sentado en la barca, segun sospecho y espero noticias que lo comprueben, Fray Juan Gil ó Fray Antonio de la Bella ó Fray Jorge de Olivar.

Siento traer á la memoria del Señor Asensio que el Padre Redentor Fray Juan Gil era trinitario, comendador del reino de Valencia; por tanto, defecto grande seria ponerlo en hábito de la Merced y entre cautivos redimidos por esta Orden.

De defectos que cometer no pudo Pacheco, pintor filósofo que tanto estudiaba los asuntos, hablamos y tambien á mientes se nos viene este otro, en que quiere hacerle incurrir Asensio.

Las naves de la Orden de la Merced respetadas eran por los piratas infieles á cuyas tierras acudian, y sus tripulantes eran gentes asalariadas.

¿Cómo creer que en la figura poco noble de un asalariado barquero colocase Pacheco á cautivo cual Cervantes?

Las barbas teníalas el autor de la Galatea de oro, segun nos dice; pues bien, bermejas son las que colocó Pacheco al barquero.

¿Esta falta en el pincel pudo cometerla y mas retratando á un su amigo?

Pacheco puso en el barquero el tipo de un marine-

ro mallorquin ó catalan y no retrató en él al Ilustre soldado, manco en Lepanto.

Dice el señor Asensio:

Basta con notar la posicion violenta de la cabeza de esta figura, (la del barquero) para conocer que quiso darse al público la cara.

Nosotros diremos al Sr. Asensio y con nosotros cuantos vean el cuadro:

Basta observar la posicion de la cabeza de la figura para rechazar la supuesta violencia; pues Pacheco quiso colocar y colocó á un marinero que está templando con el bichero el movimiento de la barca para mantenerla convenientemente sin que se alejara del cautivo que coloca los cofres de la Orden y para no arrollarlo.

Tiene, pues, vuelta la cabeza porque lo contrario defecto grande seria y mas en Pacheco que tanto estudiaba los asuntos.

Cervantes gloriábase de su *manquedad* como nacida en la mas alta ocasion que vieron los siglos, manquedad que no era otra que la pérdida del movimiento en la siniestra mano, segun el Sr. Asensio.

Defecto y grande hubiera sido en Pacheco retratarlo haciendo uso de entrambas.

Si la mano estaba perfecta, dice Asensio, y únicamente habia perdido el movimiento, difícil ó imposible era que el pintor espresara esta circunstancia en el lienzo.

Pero el pintor retrataba á quien *estropeada* la tenia, que olvidarse no deben las palabras de Cervantes puestas en boca de Mercurio en el *Viage al Parnaso*:

Cual lo muestra
la mano de que estás ESTROPEADO.

Y las de la *Epístola* á Mateo Vazquez:

Y la siniestra mano
ESTABA POR MIL PARTES YA ROMPIDA.

Palabras que demuestran que conservando la mano, teniala deforme.

Pues concedamos sin embargo al eminente literato señor Asensio, y es conceder mucho, que Cervantes no tuviese deformidad ninguna en su siniestra mano; pero ni aun esto ayúdale, que el marinero tiene empuñado con ella el bichero, demostrando haberla sana y con perfecto movimiento, tanto mas cuanto es la que hace la fuerza en la palanca y la diestra sirvele solo de punto de apoyo.

Inconcebible es que Pacheco defecto de tal magnitud cometiera retratando á quien en estrecha amistad unido estaba, como se quiere suponer y á quien de su manquedad con justísimo motivo se enorgullecia.

VI.

Dice Asensio hablando de los retratos de Cervantes.

El cuadro que regaló á la Real Academia española el señor conde del Aguila, á fines del siglo anterior y que se dice pertenecer, segun dictámen de entendidos profesores, á la escuela de Vicente Carducho ó de Eugenio Caxes podrá ser en efecto de ese tiempo, pero si es Miguel de Cervantes el que allí está representado, ha sufrido tales modificaciones, ha pasado por tantas manos, que puede asegurarse sin temor, CONSERVA APENAS ALGUN RASGO CARACTERÍSTICO DEL PERSONAJE.

Mas adelante añade:

Pero quede asentado que puede y debe dudarse de la verdad de ese retrato que el señor conde del Aguila poseia; y qué si en su orígen pudo ser copia de uno de Cervantes, hoy no conserva individualidad, se encuentra notablemente alterado y TIENE MUCHO DE CONVENCIONAL Y APÓCRIFO tanto en el ROSTRO COMO EN LOS ACCIDENTES.

Dejemos asentado, como quiere el señor Asensio, que

el retrato de la Academia, si en su origen fué el de Cervantes, ha sufrido tales modificaciones que *apenas conserva rasgo alguno característico del personaje; que, además, tiene mucho de convencional y apócrifo tanto en el rostro como en los accidentes.*

Pues he aquí que lo mismo diremos de él que nos presenta como hallazgo.

Oigase al señor Asensio que compara el que dice de Pacheco con el de Carducho ó Caxes.

Fíjese el observador curioso y entendido en las cejas y la boca, vea cuidadosamente la configuracion del ojo y la nariz, y en todas esas facciones encontrará gran semejanza, CUANDO NO PERFECTA IDENTIDAD; pero esta se ve en el cabello anillado, que es comun al nuevo y al antiguo retrato.

El mismo señor Asensio presentó la conclusion que apoyaba el Excmo. Señor Don Joaquin Francisco Pacheco quien, hablando del retrato de la Academia, *tiénelo por dudoso* y por consiguiente al que con él guarda *perfecta* semejanza.

Y hé aquí como se esplica la seduccion de los hombres de letras, que han seguido al señor Asensio; y hé aquí como se esplica que muchos, al manifestárseles que en el cuadro de Pacheco se creia ver un célebre retrato, han señalado á la figura del barquero diciendo ¡Cervantes! Han sido víctimas de la semejanza que hay entre el retrato de la Academia, apócrifo, y la figura del barquero.

Alto hecho ya, que el camino recorrido largo fuera y molesto grandemente para los que me han acompañado en la jornada de mi atrevimiento, réstame demandar indulgencia por haber desvanecido ilusiones acariciadas por hombres eminentes en la patria literatura; pero juzguélo necesario, que así no cesarán investigaciones de los doctos y quizás un dia, descubriendo algun venturoso el retrato

hecho por el ilustre *Juan de Jáuregui*, pueda decirse—si á los restos de Cervantes en singular y rico monumento no le damos admiracion, y respeto, y culto por impedirlo fortuna enemiga, á su imágen se la rendimos, en lo cual nada hacemos.

Si me equivoco buen deseo me guia; así concédaseme la disimulacion de mi temeridad.

DOMINGO SANCHEZ DEL ARCO.

Cádiz 23 de Abril de 1872.

CUADRADO MÁGICO-POÉTICO

EN HONOR

DEL PRINCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES.

1.	2.	3.	4.
Fué de las Musas encanto	A España llenó de gloria	Con su original historia	El soldado de Lepanto
4.	3.	2.	1.
El soldado de Lepanto	Con su original historia	A España llenó de gloria	Fué de las Musas encanto
2.	1.	4.	3.
A España llenó de gloria	Fué de las Musas encanto	El soldado de Lepanto	Con su original historia
3.	4.	1.	2.
Con su original historia	El soldado de Lepanto	Fué de las Musas encanto	A España llenó de gloria

Juan Miró.

AL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS.

Necia exigencia sería
que el avecilla parlera,
por temor á la porfía,
á la venida del dia
callada permaneciera.

La magestad de la aurora
que allá en la ergüida colina
las pardas nieblas colora,
luego al valle se avecina,
despues que las cumbres dora.

El mas soberbio torrente
que las montañas atruena,
vá enfrenando su corriente
hasta besar dulcemente
la quieta, movible arena.

Yo el pajarillo modesto
soy que este dia saludo:
y vengo á ocupar un puesto,
aunque es mi cantar molesto,
y tengo un estilo rudo.

Yo soy el valle escondido,

y hasta mí la luz llegó
de ese sol esclarecido,
que rival nunca ha tenido,
y Cervantes se llamó.

—

Yo soy la menuda arena
que ese torrente *ingenioso*
moja en su marcha serena,
despues que la tierra llena
con su raudal caudaloso.

—

¿Qué le podrán dedicar
que sea digno de su fama,
ave que no osa cantar,
arena sin abonar,
valle en que no hay una rama?

—

Suaves trinos emitiera
de su memoria en loor,
si tanto alcanzar pudiera,
y en cada verso quisiera
brindarle con una flor.

—

Venga otro inspirado bardo
mi deseo á traducir,
que si en el númen soy tardo,
ver al genio solo aguardo
para en silencio aplaudir.

—

Sombra augusta de Cervantes,
limpio espejo de escritores:
los humildes y arrogantes
se disputan incesantes

de ensalzarte los honores.

—

Cada estrella de poesía
que al cielo español asoma,
luz tributaria te envia,
cada laud su armonía,
cada capullo su aroma.

—

Mas ¿qué el entusiasmo vale
que al mundo infunde tu gloria,
ni qué importa no te iguale
nadie en renombre, si sale
á condenarnos la historia?

—

Esta nos cuenta severa,
que de tu vida el estambre
dejó España se pudriera
en una cárcel, y fuera
cortado, al fin, por el hambre!...

—

Por el hambre! el que un tesoro
dió á su patria inagotable!
Perseguido por el oro
en su honradéz y decoro,
como un ladron miserable!

—

La indignacion á este punto
mi débil sentido embota,
y en vano mis fuerzas junto
para verter del conjunto
de tanta hiel una gota.

—

Era justo, á imitacion

del gran Redentor del hombre,
que sufrieras privacion,
en tanto que tu nacion
por tí ilustraba su nombre.

—

Era justo que soldado
mutilado en el combate,
tan sabio, tan esforzado,
no fueras despues tratado
al par que el primer magnate....

—

Y es justo tanta estrecheza
é ingratitud olvidar,
viendo al fin que tu grandeza
á conocer ya se empieza
del uno hasta el otro mar.

—

Quien tus obras examina
por el placer de alabarte,
es como aquel que camina
sin brújula, que no atina
á andar por ninguna parte.

—

No se sabe qué pensar,
no se sabe que escribir:
contar las olas del mar
es mas fácil que anotar
las gracias de tu decir.

—

Quede para otro cantor
de mas talla y nombradia
ser el fiel expositor
de tanta sal y primor,

tanta gala y bizarria.

—

Que yo en paz con mi intencion,
mirando que al gusto insulto,
reservo mi admiracion
para hallarla en la ocasion
de que otro te rinda culto.

ANTONIO BASTIDA Y PONS.

Cádiz 23 de Abril de 1872.

UNA CARTA

A LOS CERVANTÓFILOS GADITANOS.

Señores y amigos mios:

Ageno completamente, por mi desgracia, á las lides literarias, sin dotes, conocimientos, ni aptitud para ellas, vivo, como vive el contrariado amante de pudorosa y recatada doncella, vivo oculto y alejado de estos centros de ilustracion, donde no podemos ni debemos llegar, los que tenemos limpia la sien, de la envidiable aureola del talento, y á los que, nos resta solo, como al amante de la comparacion, ansiar el momento de ver al objeto de nuestros amores, que es la amena y gaya literatura y huir, por no encontrarnos á su lado, con la torva mirada de su adusto padre la ignorancia, el cual tortura el alma nuestra, se opone á nuestros mas vehementes deseos y desvanece nuestras mas halagüeñas y placenteras ilusiones.

Yo, amante tan ciego, como ciega es mi ignorancia, admirador del talento, tanto como menguado de él estoy; yo que entrañablemente quiero á los señores Asensio y Bueno,* Tubino y Alava, Benjumeda y Adolfo de Castro, porque ellos quieren á mi ídolo, tengo la osadía de presentarme ante vosotros, y leeros esta mal pergeñada

carta, en la que solo me propongo deciros las causas que engendraron en mí el amor que profeso á Miguel de Cervantes Saavedra, juzgándome escudado con los nombres de aquellos mis amigos, porque valiendo mucho cobijarán mi ignorancia, piedra tosca que necesita de tan buenos artífices, si ha de ser labrada.

No escucheis ni leais mis palabras; interpretad solo mis pensamientos; no os detengais en quien ha escrito y lee, fijaos en el altísimo objeto que á ello le impulsa.

Yo era muy niño, cuando mi buen padre colocaba en mis manos y me hacia leer, las que yo llamaba valentias del héroe Manchego. Mi pueril imaginacion se alimentaba con tan sabrosa leyenda y gazmiaba en las hojas de aquel libro.

Mi cariñoso padre gozaba cuando me oia recitar alguna aventura del *Don Quijote*, aplicar algun proverbio de Sancho, parodiar una agudeza del rapista, llamar maritornes á mi criada, y hasta recuerdo haberlè roto la bacía que su barbero usaba para bañarle la barba, y hube de librarme del regaño paternal, abroquelándome con imitar á Cervantes y decirle «no es nada, mi señor padre; fué que ví una fermosura y por saludarla á la moderna usanza, destóqueme el yelmo y háse roto; mas vale eso que dejar de ser galan y apuesto caballero.»

Crecí, y dióme el cielo un maestro, que en él goce eternas bienandanzas, que si no hubiese tenido amor á sus discípulos é ilustracion tan grande como tenia, sobrado le hubiera, para hacer su nombre venerado y su memoria grata, el aficionarnos á leer, analizar y aun parodiar lo que el manco de Lepanto escribió. Ese maestro fué, ¡con cuanto amor lo recuerdo! Don Francisco Sanchez del Arco.

Crecientes mi aficion y mis deseos por la literatura, llegado á la edad de los arrebatos de la «loca de la casa,» ávido de emborronar papel y de ver mi nombre en letras de imprenta, me lancé, ¡oh locura! á escribir algunos renglones que tuve el orgullo nécio de llamar «artículos,» y otros renglones mas cortos sembrados de consonantes, que juzgaba poesías y que mi amigo, hoy mi compañero y respetado gefe el señor Don Francisco Flores Arenas, literato insigne, apadrinó y mandó estampar, ya en la *Tertulia*, especie de suplemento al periódico político *El Nacional*, y en el acreditado periódico *La Moda*, el cual en aquellas fechas dirigia dicho señor, con tanto acierto como agrado del público que sabe leer, y con sonrisas sinceras de los amantes de las formas galanas y del gracejo, que siempre han caracterizado las producciones de literato tan concienzudo.

Algun tiempo despues, con mas libros á mano, con mas tiempo que dedicar á la lectura, porque se acortó el empleado en devaneos, con mas juicio y con alguna lógica, logré el convencimiento, de que me habria de pasar en literatura, lo que acontece al amante del arte de Murillo y Rafael, cuando no sabe pintar; vé, examina, juzga á sù manera; le deleita un buen cuadro; envidia al artista; desea coronarlo; deposita su flor en la guirnalda que ha de ceñir sus sienes, y entristecido de la cortedad de su talento, y de la imposibilidad de ejecucion, admira y goza, y sufre al ver que no puede emprender aquella senda.

Lo mismo, amigos mios, me acontece en el dia de hoy.

Aniversario del cautivo de Argel; aniversario del coloso que

Nunca fuera bien loado

El que tal hijo engendró.

Fénix, que no resucita de sus cenizas, como el de la fábula, sino del sagrado fuego de su inspirada mente: de esa portentosa creacion tan bien escrita como concebida: de ese ingenioso hidalgo, aun menos ingenioso que el ingenio que le dió forma y vida; yo, ante el recuerdo de ese hombre, enmudezco y siento. Lo admiro, como el amante á la pintura antes dicho, admiraba el cuadro, y no puedo, ni aun alabarlo. Básteme señores este suplicio. Honda es para mí esta pena que me imponen, por un lado haber sabido en el dia de ayer que se conmemoraba aquí tan grande hombre, y por otro mi falta absoluta de magin é ilustracion.

Pero, permitidme para concluir un desahogo; permitidme parodiar al inmortal Miguel de Cervantes.

¡Voto á tal! que comprendo mi pobreza!
Al ver tu obra inmortal que eterna brilla,
Monumento que al mundo maravilla
Por su forma, lenguaje y agudeza.
De tu ingenio preclaro, la grandeza,
No habrá vate que pueda describilla,
Sin que juzguen desdoro ni mancilla
No lograr cual tu númen rara alteza.
Tú que estás vivo, aunque te lloren muerto,
Pues la gloria en su altar te ha colocado
Vivirás para el mundo eternamente;
Divina inspiracion te llevó á puerto
Dó nadie llegará ni habia llegado,
Y el que digere lo contrario miente.

Juan Chape y Fernandez.

A CERVANTES

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

Allá en Alcalá de Henares
y en estrecho callejon
descúbrese un paredon,
vestigio de antiguos lares.
Yo sentí correr á mares
las lágrimas de mis ojos,
al contemplar los despojos
de aquella modesta casa,
ante la cual no se pasa
sin dolor y sin sonrojos.
En aquel sitio rodó
la cuna del gran Cervantes;
y su pátria, ni hoy ni antes,
monumento alguno alzó:
solo en la tápia inscribió
Quintana breve letrero
para decir al viagero:
«aquí vió la luz el hombre
cuya gloria y cuyo nombre
hoy admira el mundo entero.»
El apuró las injurias

de los hombres y la suerte:
Madrid presenció su muerte
hace hoy mas de dos centurias.
Cebáronse en él las furias
del hado adverso que humilla:
la cárcel de Argamasilla
á su pluma dió materia,
y el aire de la miseria
le asfixió en una guardilla.

¿Y qué hizo el rey cuyo manto
cobijaba medio mundo?
¿Qué hizo Felipe Segundo
por el héroe de Lepanto?
Despreciarle; y entre tanto,
pobre, manco, enfermo y triste
aquel por quien galas viste
hoy el mundo literario,
cautivo de un vil corsario
llora, aunque lucha y resiste.

Por un puñado de oro,
que de limosnas juntaron,
pobres frailes le sacaron
de las cárceles del moro.
¡Oh! ¡bendito aquel tesoro!
¡Gloria y respeto profundo
al sentimiento fecundo
de caridad verdadera!
Sin trinitarios no hubiera
el mejor libro del mundo.

No hubiera el *Loco formal*,
melancólica figura
que lleva en su frente pura

el mundo de lo ideal:
ni aquel tipo sin igual,
positivista grosero,
aquel gracioso Escudero,
que, siguiendo á Don Quijote
del Rúcio al modesto trote,
hoy recorre el mundo entero.
¡Cervantes! la sociedad
tu valer desconoció
é ingrata te abandonó
á tu honrosa manquedad.
Mas ya la posteridad
te venga de aquel agravio:
el ignorante y el sabio,
acá y allá todo hombre,
cuando ve escrito tu nombre
le humedece con su labio.
En el templo de la gloria
grabado ese nombre está,
y siempre lo guardará
en sus páginas la Historia.
Hoy España en tu memoria,
por borrar su antiguo insulto,
profesa á tu libro un culto
que raya en idolatría:
ya ves; reina en este dia
entusiasmo de tumulto.

ALFONSO MORENO ESPINOSA.

Cádiz 23 de Abril de 1872.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Y DOS INQUISIDORES GENERALES. (1)

Mucho se ha escrito acerca de Cervantes y de sus obras: mucho mas aun queda por escribir: siempre hay nuevas investigaciones: la laboriosidad de los eruditos es incansable al par de la admiracion de tan fecundo ingenio. Muy bien puede aplicársele lo que en aquel famoso soneto decia del Dante Miguel Angel:

Quanto dirne si dee non si puó dire

. . . .

Com'uom maggior di lui qui non fu mai.

Notorias son las desdichas y pobreza de Cervantes; así como que en sus postrimeros años, fatigado de la vejez y de incurable dolencia, solo halló amparo en el conde de Lemos y en el cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas.

De *la suma caridad* de este último se confiesa agradecido en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, y de ambos escribe en el mismo: «Estos dos príncipes, sin que los solicite adulacion mia ni otro género de aplauso, *por so-*

(1) Estas observaciones escritas expresamente para esta reunion no llegaron á leerse por no prolongarla mas. Han sido publicadas en la «Ilustracion de Madrid» así como las del Sr. «Gaona». Las mias al reimprimirse hoy van amplificadas con otros poderosos argumentos.

la su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme.» Esto decia en 1615.

En una conocida carta de Cervantes, cuyo original posee el Sr. D. Eduardo Fernandez de San Roman, carta dirigida al mismo cardenal en Marzo de 1616, habla tambien *de las repetidas muestras de favor* y amparo que le dispensaba.

Indudable parece, pues, que á los auxilios de ambos personajes debió Cervantes la prolongacion de su vida enmedio de sus tribulaciones y padecimientos, y que merced á la generosidad y al afecto de ambos pudo publicar la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo* y dejar á punto de imprimir el *Persiles y Segismunda.*

Mas aun: el que aprobó la dicha segunda parte fué un capellan del cardenal Sandoval y Rojas, el licenciado Marquez Torres, el cual elogia con gran entusiasmo el libro y el autor.

¿Quién era el protector de Cervantes? El inquisidor general, cargo que dicho prelado desempeñaba desde el año de 1608.

D. Bernardo de Sandoval y Rojas tuvo por maestro al célebre varon Ambrosio de Morales, á cuyos mortales restos mandó construir costoso sepulcro en Córdoba con honrosísimo epitafio. Al propio tiempo protegia á los literatos: á mas de Cervantes consta que el maestro Vicente Espinel mereció igualmente sus favores.

Era «caro y agradable á todos, suave y afable, docto y sabio y adornado de todas las virtudes.» En los cargos que ejerció siempre vinieron á resplandecer «su doctrina y ejemplo y caridad ferventísima con los pobres,» sus limosnas eran «tan grandes y tan copiosas y la caridad que tiene con todos tan encendida y fervorosa, que no parece

que nació al mundo este gran príncipe sino para dar. *Favorece grandemente las buenas letras y honra á los buenos injenios de la Universidad de Alcalá*, en memoria de haber recibido la leche de doctrina desta Universidad y de haber estudiado en ella.» Esto se lee en el códice señalado con las letras D. D. 46 de la Biblioteca Nacional, escrito contemporáneo del cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas.

Muchos templos se fundaron á costa de este señor, y la famosa capilla de Nuestra Señora del Sagrario que erigió en la santa iglesia de Toledo, capilla que se dedicó con solemnísimas fiestas religiosas y literarias de que hay libro impreso el año de 1617. Si Cervantes hubiese vivido entónces, seguramente la relacion hubiese sido por él escrita, y algunas de sus poesías estuvieran al lado de las de Don Juan de Jáuregui, doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, Gabriel del Corral, Vicente Espinel, Agustin Collado del Hierro, D. Luis de Góngora, Don Antonio Hurtado de Mendoza y otros autores muy celebrados en aquellos dias.

A tal personaje debió constante y generosa proteccion el ilustre manco de Lepanto. El inquisidor general de España D. Bernardo de Sandoval y Rojas era el mas apasionado y justo apreciador del mérito de Cervantes, en medio del desvío ó la indiferencia de los mas hácia su persona‘ hecho notable y muy digno de tenerse en memoria.

Hasta aquí lo que se sabe de este amigo de Cervantes; razon es que traigamos á la nuestra algo de su mayor adversario: el fingido Alonso Fernandez de Avellaneda.

En 1846 dí á conocer una décima inédita del conde de Villamediana contra fray Luis de Aliaga, décima que empezaba así:

Sancho Panza, confesor

del ya difunto monarca.

De ella se inferia que fray Luis de Aliaga por ese sobrenombre era llamado, alegando otras razones, que luego han sido ampliadas referentes á la sospecha de que á dicho religioso debe tenerse por el autor de la segunda parte del *Don Quijote*. Posteriormente mis amigos muy apreciables los eruditos D. Cayetano Rosell y D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, y el no ménos erudito Sr. Don Cayetano Alberto de la Barrera, con algunos otros mas que no recuerdo, han ampliado estas sospechas con tan vivas y felicísimas razones que parece que en ello no cabe la mas pequeña duda, por mas que mi ingenioso y discreto amigo D. Francisco María Tubino se muestre sustentado de la opinion contraria, si bien con muy vacilantes raciocinios.

Leida con detenimiento la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo*, las alusiones á fray Luis de Aliaga son tantas y tales que esfuerzan completamente hasta la conviccion todas las sospechas.

No me propongo enumerar argumentos ya conocidos, sino solo aquellos en que hay otros para corroborarlos. Las observaciones presentes son, pues, nuevas.

El fingido Avellaneda empieza así su libro: «El sabio Alisolan, historiador no menos moderno que verdadero.» *Aliso* puede considerarse como anagrama poético de Luis en latin *Aloisio*. En la terminacion *an* quiso el autor remedar nombres de personajes de libros de caballerías.

Si todavía se desea apurar mas esto, léase este período del principio del primer capítulo.

«El sábio *Ali-solan*, historiador no ménos sábio que verdadero, dice que siendo expelidos los moros *Agarenos*, de cuya nacion él descendia.» Sutilizando la cuestion hasta

el útimo punto, aun á riesgo de que se considere exageradamente, se puede encontrar la voz *Aliaga* en los principios de estas *Ali*-solan *Aga*-reno, puestas exprofeso para descubrir el nombre en caso necesario, y todo en el período en que se habla del autor de la segunda parte que se publicaba. Esto es indudable. *Ali-Aga*, *Aliaga*.

Cervantes debió tener noticia del verdadero nombre de su contrario, pues con astucia cuenta en su segunda parte, despues de hablar de la de Avellaneda, que al entrar en Barcelona D. Quijote y Sancho, unos muchachos pusieron en las colas del rucio y rocinante, sendos manojos de *Aliagas*. Añade que los animales dieron con los dueños en tierra, y que D. Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el *plumaje* de la cola de su matalote y Sancho el de su rucio.

La metáfora es clara. D. Quijote estaba corrido y afrentado, como se muestra en toda la segunda parte, porque se consideraba con ménos honra á causa de que sus hechos se escribiesen por la *pluma* de Avellaneda, ó como aquí aparece por la *pluma* ó *plumaje* de *Aliagas*.

Para aumentar la importancia de estas observaciones, hay otra que presento á los aficionados. La voz *Aliaga* no está puesta acaso, sino de intento y muy de intento. En Castilla apenas se usaba. Ni Nebrija, ni Tamarid, ni Aldrete, ni Covarrubias, ni Casas, ni los demás antiguos diccionaristas hacen mencion de ella. El famoso D. Juan de Jáuregi, usa la voz *Aulagas* en estos versos:

¿Y de qué sirve un corazon con llagas,
Si en los favores anda limitado,
Trayéndome picado con *aulagas*?

Mas suave hubiera sido escribir *aliagas* en vez de *aulagas*, si aquella voz tuviera carta de naturaleza en Castilla

y por tanto en Andalucía. Todavía hay mas aun. Laguna, en su version del Dioscórides, y Huerta en la de Plinio, no usan la palabra *aliaga*, y sí como sus equivalentes las de *ginesta, hiniestra y retama*.

Pero dejando esto á un lado, abramos la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo* y fijémonos un momento en la dedicatoria al conde de Lemos, y el prólogo. Constan de éste, los nombres de los dos únicos protectores de Cervantes.

En el libro de los *dichos y hechos* de Felipe III citados por Mayans y Pellicer, se cuenta, que estando este rey en un balcon de su palacio, vió que un estudiante junto al rio Manzanares leia un libro y que de cuando en cuando se daba en la frente grandes palmadas, con extraños movimientos de alegría. Felipe III dijo: «*Aquel estudiante está fuera de sí* ó *lee la historia de D. Quijote.*»

Esto demuestra que el rey era aficionadísimo á este libro: de que puede inferirse que Cervantes tendria de ello noticia, así como ciertamente sabia que ninguna proteccion ni recompensa debia al monarca.

La dedicatoria al conde de Lemos es un ingeniosísimo dardo disparado contra el rey. Despues de hablar de Avellaneda Cervantes y del amargor y la náusea que le habia causado su libro, refiere que el emperador de la China le ha enviado carta con un propio para que funde colegio en que se enseñe por la historia de D. Quijote la lengua castellana; pero que su *Magestad no le habia enviado ayuda de costa ni por el pensamiento, y que hallándose enfermo y muy sin dineros*, no podia atender á su peticion.

Y luego añade: «Emperador por emperador, y *monarca por monarca*, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que *sin tantos titulillos de colegios ni rectorías*, me

sustenta, me ampara y hace mas merced de la que yo acierto á desear.»

¿Quién no descubre aquí la alusion á Aliaga, confesor y protegido de Felipe III, teniendo tres ó cuatro cargos importantes que lo sustentaban en la opulencia?

En la frase *Monarca por monarca* tratándose de un Emperador y *un virey*, existe tal violencia que no cupo en Cervantes sin un deliberado é ingenioso intento.

Pues en el prólogo dice hablando de Avellaneda «La (afliccion) que debe tener *este Señor sin duda es grande*, pues no osa parecer á campo abierto encubriendo su nombre, fingiendo su patria, *como si hubiera hecho alguna traicion de lesa Magestad.*»

Mayans decia que las palabras *Señor y grande eran* misteriosas para él. Yo añado que para mí lo son tambien, y que Cervantes quiso manifestar que su contrario tenia gran poder. De ese pasage se saca la afirmacion siguiente. *Este Señor sin duda es grande*. Asimismo se dá á entender de un modo muy sutil que andaba en palacio cerca de la persona del rey. Encubria Aliaga su nombre y fingia su patria, segun Cervantes, como si hubiese hecho una traicion y no traicion como quiera, sino la que podia hacer mas fácilmente un palaciego, *la de lesa Magestad.*

¡Cosa peregrina lo que en esta cuestion acontece. Mientras mas dias pasan y mas se estudia, alusiones mayores se encuentran en el *Quijote* aplicables á Fray Luis Aliaga. Para casualidades son muchas y para ilusiones de los eruditos demasiadas; y para pruebas en un asunto tan difícil y en que no podia el autor hablar con claridad, las bastantes para la conviccion.

¿Tenia Cervantes motivos de agravios con algun confesor de príncipes? Tradicion vaga ha existido de quejas de

Cervantes contra un religioso confesor del duque de Béjar, á quién dedicó la primera parte del *D. Quijote*.

Pero en 1615, ¿se podia el gran novelista acordar de agravios de diez años ántes, y mas de consejos de un religioso para que no lo favoreciese aquel magnate?

Modernamente, Cervantes estaba bajo el amparo de un príncipe de la Iglesia y del virey de Nápoles: claro es que los que lo favorecian no estaban cercados de religiosos que les diesen consejos contra Cervantes y *los llevasen á ser miserables en sus dones*, cosa que el autor no podia escribir de sus valedores, cuando tanto los encomia de caritativos y de generosos.

¿A quién pudo aludir Cervantes al escribir esto en el capítulo 31 de la segunda parte del *Quijote*? «La duquesa y el duque salieron á recibirle, y con ellos *un grave* eclesiástico, *destos que gobiernan las casas de los príncipes: destos que como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes, se mida con la estrecheza de sus ánimos: destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables*.»

Esto se puede y debe interpretar como retrato de Fray Luis de Aliaga, confesor del rey, que fué tan miserable, que dejó en la pobreza á Cervantes viejo y enfermo.

En seguida, aludiendo al mismo eclesiástico ó *religioso*, como mas adelante y diversamente varias veces lo llama, pone Cervantes en boca de D. Quijote estas palabras:

«*Se debia esperar* (de vuesa merced) *antes buenos consejos que infames vituperios.... A lo ménos el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehension.... y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al*

pecador sin mas ni mas mentecato y tonto.»

Que en ese confesor de príncipes alude Cervantes á Avellaneda, se demuestra de esas mismas palabras; puesto que en el prólogo del *Quijote* postizo no hay *infame vituperio* que no se aplique al regocijo de las Musas. La reprehension hecha en público y con aspereza y que pasó los límites de toda buena reprehension, y las voces mentecato y tonto usadas contra Cervantes y su libro, se hallan igualmente en el *Quijote* de Avellaneda.

A Martin Quijada se llama el *mentecato* y á algun pasage del *Quijote* de Cervantes *necio*. Véase este del Quijote de Avellaneda: «Saldrásnos á moler con alguna frialdad á mí y á estos señores, como me moliste en el bosque.... con *la necia historia* de Lope Ruiz, cabrerizo extremeño, y de su pastora Torralba.»

Véase como parece responder Cervantes por boca de D. Quijote á su reprehensor el religioso:

«El respeto que siempre tuve y tengo al estado, que vuesamerced profesa, tienen y *atan las manos de mi justo enojo*.

En estas palabras evidentemente se aluden á las de Avellaneda cuando dice de Cervantes «Como soldado tan viejo en años, cuanto mozo en brios, *tiene mas lengua que manos*.»

Y prosigue Cervantes: «Las reprehensiones sanas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden. Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la *ambicion soberbia*, otros por el *de la adulacion servil y baja*, otros por el de la *hipocresia engañosa* y algunos por el de la verdadera religion.»

Dadas todas las noticias que de Aliaga se tienen ¿no

concuerdan estas frases con el juicio de muchos de sus contemporáneos?

Y hay mucho mas y aun mas en el asunto. El religioso confesor de los duques aconseja á D. Quijote que se vuelva á su casa y que crie á sus hijos, si los tiene, y cuide de su hacienda.

¿Quién no vé en esto con otras frases el mismo pensamiento del prólogo de Avellaneda hablando de Cervantes?» Y plegue á Dios aun (nos) deje ahora que se ha acogido á la iglesia y sagrado. Conténtese con su Galatea y comedias en prosa que son las mas de sus novelas: *no nos canse.*»

Esto era para impedir que Cervantes publicase la segunda parte del *Quijote*: á esto se dirigia el *consejo* de Avellaneda.

Y á propósito de *consejo*, al salir D. Quijote por las calles de Barcelona, cuenta Cervantes sin hacer notar esta circunstancia, que un castellano torna á decir al hidalgo manchego, lo mismo que el religioso, confesor de los Duques «vuélvete, mentecato, á tu casa y mira por tu hacienda, por tu muger y tus hijos.»

D. Antonio le replica, y el castellano dice que *aconsejar* á D. Quijote (ó á Cervantes) es dar coces contra el aguijon; pero «con todo eso me da muy gran lástima que el buen ingenio que tiene se le desagüe por la canal de su andante caballería» lo que equivale al dicho de Avellaneda «conténtese con su *Galatea y sus novelas*: no nos canse con el *Quijote*.»

Y continúa Cervantes «Apartóse *el Consejero*: siguió adelante el paseo.»

Tenemos, pues, unas mismas las palabras del religioso y el castellano: una misma debe ser la persona á quien

Cervantes alude: allí se le designa como *confesor de príncipes*, aquí como *Consejero*. Y en verdad que Aliaga era *Consejero de Estado* y *de la Suprema* y *General Inquisicion*.

El nombre de *Castellano* concordado con *Consejero* viene bien para significar que no pertenecia al Consejo de Indias el censor, ni al de Aragon, ni al de Italia, ni al de Portugal ni al de Flandes.

Si bien *Consejo de Castilla* se llamaba *el Real*, todavia pudo Cervantes hacer la alusion en los términos que declara en el párrafo anterior.

Al decir el religioso y mas ámpliamente el *Consejero* á D. Quijote que cuide de su muger y de sus hijos y Avellaneda que se contente Cervantes con la *Galatea* y sus *novelas* ¿qué otra cosa es sino significar lo mismo con las propias palabras? Por cierto se tiene que Cervantes pintó en *Galatea* á la que luego fué su muger Doña *Catalina de Palacios Salazar*.

Por último, todo el episodio que pone Cervantes en la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo* referente al morisco Ricote y á su hija, ¿á que fin se dirige? A presentar embozadamente una acusacion, que sin embargo era pública, contra la codicia de fray Luis de Aliaga, tan aficionado á dones y al soborno.

En el cap. 65 se habla de que D. Antonio ofreció pasar á la córte á negociar que los moriscos Ricote y su hija quedasen en España á pesar del decreto de expulsion de los moriscos, *dando á entender* que en ella (la córte) *por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se acaban*. «No, dijo Ricote.... no hay que *esperar ni en favores ni en dádivas*, *porque con el gran D. Bernardino de Velasco*, conde de Salazar, á quien dió S. M. el cargo

de nuestra expulsion, no valen ruegos, *no promesas, no dádivas, no lástimas.*»

Ahora bien: ¿quienes entendian en lo de la expulsion de los moriscos? Fray Jaime Bleda en su *Crónica de los moros de España* (Valencia 1618), escribia: «Estaban las cosas de la expulsion tan adelante que sólo faltaba para su perfeccion echar los que se reservaron en el reino de Murcia por las muchas diligencias que pusieron los de *Val de Ricote* por conservarse; pero el duque de Lerma y el reverendísimo Padre *fray Luis de Aliaga*, confesor de S. M., con vigilancia y cuidado habian inquirido y sabido que en ellos concurrian las mismas causas para ser expulsados que en los demás.... Cometió la expulsion de estas reliquias al *conde de Salazar* por *particular cédula* que le escribió S. M. en Ventosilla á 13 de octubre de 1613.»

Hasta aquí Bleda. Resulta, pues, que en el asunto de los moriscos del *Val de Ricote* intervinieron tres personas, el duque de Lerma, fray Luis de Aliaga y el conde de Salazar. Bleda habla de la integridad de todos tres. Cervantes declara de un modo terminante que con el conde no *valian promesas ni dádivas*. Al duque de Lerma no se debe suponer que quisiese aludir tratándose de un sobrino carnal de su protector el arzobispo de Toledo. La ley de la gratitud obligaba á Cervantes á respetarlo, ya que no la de la conveniencia de conservar el afecto de la persona que tanto bien le hacia.

Queda solamente la alusion posible á fray Luis de Aliaga. El introducir Cervantes en su libro á un morisco y una morisca para hablar de *favor* y dádivas en la córte dándoles el apellido de *Ricote*, cuando moriscos de *Val de Ricote* apelaron á toda clase de medios para quedar en España, es una prueba de la intencion con que fué escrito

este episodio, de cuyo fin se olvidó el autor al terminar la segunda parte. Dijo lo que debia decir para decir lo que intentaba, y eso bastó á sus designios.

En una representacion contra el confesor fray Luis de Aliaga, escrita en tiempos de Felipe IV, y que existe inédita en la Biblioteca Nacional, se refiere lo siguiente: «En materia de tomar (en la presencia de Dios digo verdad á V. M.) que D. Pedro de Aragon, hijo del duque de Terranova, del Consejo de Italia, hablando dél me dijo, que él y su madre la duquesa de Terranova habíanle dado mas de seis mil ducados en joyas y preseas, y lo mismo me dijeron criados suyos que andan aun por esta corte y sería fácil de preguntar, y puédese bien creer la fama pública que desto corria, y de lo que se sabe que desde Valladolid le envió el duque de Lerma, presente que valia mas de doce mil ducados, cuando puso casa, en plata, camas y colgaduras; y de lo que me dijeron públicamente por esta córte los marqueses de Cañete, que despues de habérseles comido cincuenta ó sesenta mil ducados *con promesas* y palabras les decia, que no tenia que darles.»

Como se vé claramente, la acusacion de Cervantes se dirigió efectivamente contra Aliaga.

He visto que algunos escritores han hecho notar que el apodo de *Sancho Panza* no pudo ser puesto á Aliaga por sus contemporáneos en razon de no tener la figura semejante al escudero de D. Quijote, pues era de elevada estatura.

Seguramente ese apodo de *Panza* tuvo orígen en la glotonería de fray Luis de Aliaga, hombre dado á los placeres. Véase lo que la citada representacion inédita dice de él en este punto: «Mostró tambien sus venganzas en muchos que persiguió, su descortesía hasta con personas gra-

ves, su *crápula y vicio* en el comer abundantísimamente.»

¿Hay alguna prueba innegable de que fray Luis de Aliaga tuviese en estima á Cervantes y en mucho su memoria? Ninguna.

Existe en efecto otra enteramente contraria, si no hay error en ello.

Si el inquisidor general Sandoval y Rojas profesaba gran cariño y tenia gran estimación á Miguel de Cervantes, fray Luis de Aliaga, consejero que fué de la Suprema y luego inquisidor general, no vaciló en que aquel nombre ilustre apareciese en el *Indice expurgatorio*, publicado en 1619 y cabalmente por el libro del *Quijote*, y no en la primera, sino en la segunda parte, donde se encuentran las alusiones referidas. (1)

El libro se examinó despues de muerto Cervantes, no hay que dudarlo; quizás se recomendó á los calificadores que pusiesen cuidado sumo; tal vez Aliaga se dirigió en busca de sugetos á quienes se indicase la conveniencia de declarar que el *Quijote* merecia contarse entre los libros prohibidos. Su inscripcion en los índices expurgatorios en esta forma hubiera sido la verdadera victoria de Aliaga contra su adversario.

Pero si tal intentó, no pudo conseguirlo de la rectitud, imparcialidad y de la sana conciencia de los que examinaron el *Quijote*. Solo hallaron esto: *Y advierte, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen ni valen nada.* Se mandó borrar esas palabras exageradas que ciertamente no tienen sentido conforme con la doctrina de la Iglesia.

Desde el índice expurgatorio de 1619, en todos menos

(1) No conozco este índice de 1619. Hago la cita con referencia á D. Buenaventura Cárlos Aribau en su vida de Cervantes. Bajo este testimonio escribo las observaciones que van en esta parte del texto. Todos los demás índices expurgatorios están examinados por mí.

en el del cardenal Zapata, consta la prevencion de que esas palabras deben borrarse. En las ediciones posteriores del *Quijote* fueron suprimidas.

Es lo único que fray Luis de Aliaga pudo hacer como inquisidor general contra el libro de su adversario Miguel de Cervantes Saavedra, caso que esta observacion tenga indudable orígen.

Presumió el imposible de vencerlo como escritor: no se convenció de que contra Cervantes siempre era desventuradísima la fecundidad de sus invenciones. No tuvo medios con todo su poderío, ni quien lo acompañase en el deseo, de condenar á una prohibicion el libro del *Quijote.*

Tal fué el proceder de dos inquisidores generales con Cervantes y su obra inmortal; el uno engrandeciéndose con honrar al talento y con tenderle el manto de la proteccion y de la caridad; el otro intentando con sinrazones é injusticia competir vanamente con él y vencerlo por el camino de los insultos y de la arrogancia, y despues vengativamente entregar su libro al olvido por medio de una prohibicion religiosa.

Y caso el mas extraño de todos. No hay autor que haya continuado la obra de otro que no haya sido en demostracion de su gran estima, entusiasmo y hasta afectuoso respeto. Quién se dedica á proseguir y terminar un trabajo de fantasía ageno, ¿no es porque lo admira y porque al propio tiempo aprecia en mucho el ingenio felicísimo del autor primero?

Fray Luis de Aliaga insulta á Cervantes por el *Quijote* y prosigue la idea de éste y procura imitarlo, hablando mal del novelista y del libro que continúa.

Esto solo podia caber en un alma que viviese de asiento en la iniquidad, como de fray Luis de Aliaga

escriben sus contemporáneos.

El orígen de atribuirse á Aliaga el *Quijote* de Avellaneda no se conoce tan bien cual debiera ser.

En el comento de Pellicer se encuentra la primera idea de esta noticia; mas hasta un determinado punto incierta, si bien acercándose á la verdad.

Creyó Pellicer y con razon que el fingido Avellaneda era fraile domínico, pero lo tuvo por protegido de fray Luis de Aliaga, publicando al amparo del valimiento de este su libro.

Un anticuario gaditano dos ó tres veces me dijo hablando del *Quijote* tordesillesco y siendo yo muy jóven:—¿por qué no pudo ser Aliaga el censor?

Hasta aquí lo que se sabia.

Ni Arrieta ni Clemencin, ni nadie habia publicado esta remota sospecha.

Y aunque se asegura y por eruditos á quien respeto y quiero y en mucho estimo que era noticia vulgar entre los literatos que Aliaga escribió el Quijote contra Cervantes, solo existia, la de Pellicer: esto es la de que Aliaga protegió al falso Avellaneda y nada mas.

Cuando leí por vez primera en el libro de las poesías de Villamediana que existia en Cádiz en la famosa biblioteca del Sr. D. Joaquin Rubio y de ella saqué y publiqué muchos pasages en mi historia del Conde-Duque de Olivares llamé en 1846 la atencion de los literatos sobre la décima contra Aliaga que empieza

Sancho Panza, confesor
del ya difunto monarca.

Si alguno quiso despues decir que sabia lo que siempre ignoró y lo que recientemente habia confesado *por cierto* ignorar, discúlpenle sus muchos años y su desgra-

ciada y caprichosa condicion; y no digo mas. El no sabia otra cosa que lo que leyó en Pellicer acerca de este asunto. Los que prestaron fé á sus palabras, no abriguen en ello la menor duda, fueron engañados.

Ahora bien: sacadas del mismo texto de Cervantes como las he sacado por la primera vez todas las alusiones que parecen dirigirse á Aliaga, pregunto á los impugnadores de esta idea: ¿de qué persona se encuentran tales repetidos, y tan inequívocos indicios? De ninguna. Cervantes no era hombre con su pasmoso y agudísimo ingenio para dejar las alusiones de Avellaneda sin algun concepto que de algun modo con lástima del amor propio del autor del falso Quijote, diese á entender algo por donde se viniera en conocimiento de quien era, á pesar del poderío de su adversario.—«Todo se puede decir: todo es permitido: pero conviene ver como se dice» dejó escrito un satírico poeta italiano de este siglo.

Eso aconteció á Cervantes. Por eso, en tanto que no haya otras pruebas ó indubitables ó de induccion mas vehementes que las alegadas, fray Luis de Aliaga será tenido por el verdadero autor del Quijote conocido por de Avellaneda.

ADOLFO DE CASTRO.

LAS DOS ÉPOCAS.

I.

23 DE ABRIL DE 1616

En una triste morada
que entre sus calles esconde
la ilustre villa que ciñe
corona de régia corte,
al opaco resplandor
de amarillentos blandones
sin mas lecho que una estera
se ve el cadáver de un hombre
al que sirve de mortaja
de Francisco el sayal pobre,
del hábito la capucha
oculta su frente noble
do larga huella estamparon
años y acerbos dolores.
No su muerte la campana
anunció en fúnebre doble,
ni túmulo suntuoso
para él el templo dispone,
ni en privada sepultura
una losa dirá el nombre
del que ha de llenar un dia
con su fama todo el orbe.

La huesa comun le espera
porque allí en polvo se torne
el cuerpo que encerró un alma
que entre angustias y aflicciones
un libro legó á la historia
tal que él solo le corone
por el mas insigne ingenio
que en letras laureles goce.
  Ese que veis fué soldado,
mas le negó sus favores
la fortuna, y cicatrices
en vez de riquezas dióle.
  Mazmorras halló en Argel
y en su patria halló prisiones
y en la ignorancia y la envidia
todo un mar de sinsabores.
  Luchó en vano con la suerte,
pobre vivió y murió pobre.
  Tal fué Miguel de Cervantes
el gran autor del Quijote.

II.

23 DE ABRIL DE 1872.

  Cual Fénix que nunca muere
y al consumirse en la hoguera
de sus cenizas recibe
nuevo ser y vida nueva,
así Miguel de Cervantes
despues que bajó á la huesa
con nuevas alas se encumbra,

con nuevas glorias se ostenta.
Por los ámbitos del mundo
su fama se estiende y vuela,
y cien distintos paises
en cien diferentes lenguas
al manchego hidalgo aplauden
y sus locuras discretas.
Su libro al vulgo entretiene,
su libro al docto recrea,
los eruditos lo anotan
y los sabios lo comentan.
A su autor alza Madrid
estátua de bronce y piedra,
con su nombre honra sus calles,
y un bruñido mármol muestra
la casa que le dió abrigo
en sus horas postrimeras.
De su muerte aniversario,
en suntuosas exequias
hoy la piedad gaditana
sus preces al cielo eleva.
Cervantes, casi ignorado,
pobre, abandonó la tierra
sin que una lágrima amiga
en su tumba se vertiera.
Hoy le glorifica España.
Comparad época á época.

Francisco Flores Arenas.

LA ULTIMA NOVELA EJEMPLAR

DE CERVANTES.

Al frente de la novela *Persiles y Segismunda* se leen unos versos de D. Francisco de Urbina así dedicados:

«A Miguel de Cervantes *insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos*, á quien llevaron los terceros de San Francisco á enterrar con la cara descubierta como tercero que era.»

D. Luis Francisco Calderon escribió para el mismo intento una décima de este modo dirigida:

«Al sepulcro de Miguel de Cervantes Saavedra *ingenio cristiano.*»

¿Esto qué prueba? Que el pensamiento de los pocos que asistieron en su muerte al gran escritor, fué el de su cristiandad sublime; porque si bien Cervantes dió testimonios repetidos de la mucha que tenia, los que se hallan esparcidos en varias de sus obras, ciertamente no publicó un particular libro de devocion ó de enseñanza ó doctrina religiosa por lo que debiese ser llamado *cristiano ingenio* por excelencia.

La falta de este libro se suple en parte, si bien débilmente, con el que puede escribirse pintando con vivos colores su muerte, y en que alterne la verdad con lo verosímil.

Cervantes que en sus novelas ejemplares nos dejó modelos de como deben componerse, tambien nos dió el asunto para una novela ejemplar en sus postrimeros dias.

Por eso se denomina este librito *La Ultima novela ejemplar de Cervantes.*

Persuadido de los ruegos de buenos amigos á escribir en tal estilo, por recordar algo de mis juveniles dias, á fin de contribuir á la solemnidad religiosa y literaria con que Cádiz conmemora el aniversario de la muerte de Cervantes, no he tenido razon para la resistencia. Y con tal asunto y con tales memorias de Cervantes y mucho del estudio de sus obras y muchísimo de entusiasmo por tal autor en los lectores, mi trabajo tendrá que ser bien recibido ¡nó por mí! sino por él.

Cádiz 21 de Abril de 1872.

Entraron en Madrid por la puente de Toledo tres amigos: venian de Esquivias en cansadas cabalgaduras. El mas viejo era de aguileño rostro, nariz corba, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, Miguel de Cervantes Saavedra, para de una vez decirlo. Llegaron á la calle del Leon, donde estaba el humilde albergue del regocijo de las Musas.

Despidiéronse afectuosamente.

Uno de los amigos le dijo: Dios quede con vuesa merced y le consuele y alivie en sus dolencias.

Él vaya con vuesas mercedes y les dé de sus bienes verdaderos cuantos desear pudieren, y yo tengo obligacion de desearles por todos los que en mi viaje me han hecho, les respondió Cervantes con tierno agradecimiento.

Recibióle cariñosamente su mujer doña Catalina de Salazar.

Seas bien hallada, esposa mia, le dijo.

Y ella le replicó: y tú bien venido, esposo mio, tan deseado de mi alma.

Ella en medio de los trabajos cuando ponia los ojos en su marido y se veia su mujer y que ya lo tenia otra vez junto á sí, le parecia que con solo tenerle tenia todo, aunque todo le faltase.

Y tu salud? añadió doña Catalina: imajino que tus sufrimientos crecen y que en vano te separaste de mí para encontrar alivio en el campo.

Te engañas Catalina, fué la respuesta de Cervantes: mejor me siento. Y esto decia cuidadoso de escusarle penas y quitarle sobresaltos.

Pero ella no podia prestar fé á las palabras del marido, mientras los ojos de Cervantes de suyo se iban hácia su esposa, no disimulando aquello mismo que queria disimular.

Fatigas del camino á mis años y con mis sufrimientos me obligan á buscar en el lecho el alivio y el regalo que he menester, dijo á su esposa, y recogióse en tanto que doña Catalina escondió bajo un santo silencio su respuesta y sus temores. Y pasaron cuatro ó cinco dias y la enfermedad que padecia Cervantes comenzó á mostrarse mas rigurosa y la mujer y los amigos á ver con certidumbre que su fin mas ó menos próximamente se acercaba.

Pero acostumbrado á mirar y sufrir sin consternacion los trabajos asi eran en él las ansias de la hidropesia, cual si no fuesen.

Llegaron en esto los primeros dias de la Semana Santa de 1616 y Cervantes conmovido del espíritu del Señor, quiso hablar con un venerable religioso de la órden de

San Francisco, al cual venido á su presencia dijo estas palabras:

«Tres años apenas son contados que en Alcalá, mi pátria, pedí por amor de Dios el hábito en la órden tercera de penitencia y entré de novicio. Terminado el año primero y no teniendo como no tenia ni tengo impedimento, debí haber profesado; pero ni descuido, ni negligencia, ni virtual desprecio á la órden que tanto bien me hizo al admitirme y luego me ha hecho no excluyéndome de ella como indigno de sus privilegios, estorbaron mi entrada.

No me obligó á ello el amor del siglo; pues no siendo por la institucion de la órden, ni estrechamente religioso, ni estrechamente seglar, sino un medio entre ambos ¿qué contrariedad habria para mí, si quedo en mi casa y al lado de mi esposa?

Pero, ay padre mio! la misma institucion establece que á los hermanos de la órden tercera es defendido y entredicho que en ninguna manera vayan á convites, autos, juegos ó danzas y que á los representantes y por ver tales vanidades ninguna cosa dén y que tengan cuidado de defender que de su familia propia ninguna cosa les sea dada.

Escribí para el teatro unas comedias que se representaron con aplauso: dejé el teatro por otras ocupaciones, y pensando que aun duraban los tiempos en que corrian mis alabanzas, volví á componer comedias y entremeses que vendí, ya novicio, á un librero, para no tener cuenta con dimes y diretes de representantes. Y aun estaba escribiendo otra intitulada *El engaño á los ojos*, de que esperaba dinero y loores.

Mal se avienen el resucitado amor del teatro por mi necesidad y los recuerdos de mis mejores dias con la severidad de no poder asistir á autos y comedias y nada dar á

representantes. Mas yo no quiero faltar á Dios ni faltar al mundo, y mirando con atencion recogida el estado á que me han traido mis males y que debo tener mas cuidado de lo que hallaré en el otro siglo que de lo que he de dejar en este, he llamado á V. Paternidad para pedirle consejo y auxilio.

Mándeme Vuesa Merced, señor Cervantes, le respondió el religioso, lo que fuere de su gusto que con grandísimo le obedeceré, y mas en cosas que han de ser el consuelo de su alma, ya que tanto en ella le pesa el no haber profesado al cumplir el año de novicio. Aliéntese Vuesa Merced, que hoy mas que nunca tiene cierta esperanza de vida y ¿qué vida? la eterna, que es la única verdadera.

Pues bien, dijo Cervantes, quedo desde ahora con la estimacion y el reconocimiento que es justo á la merced que V. P. me hace. Los desengaños nos obligan á querer el bien que ayer no habiamos querido tan inmediato.

Lo que pide ardorosamente mi deseo es profesar en la tercera órden de penitencia del glorioso San Francisco; y no para mas adelante sino para luego, y muy luego, porque estoy en los postreros dias de mi vida y anhelo por ferviente imitacion ser inseparable discípulo suyo.

Si hubiere contradiccion en la órden, ó V. P. la sospechare, hábleme con la confianza de que soy vuestro hermano.

Y cómo y dónde y de quién y cuándo puede nacer ella, replicó el religioso, teniendo á Vuesa Merced como lo tengo por tan buen cristiano?

El haber escrito libros de entretenimiento y algunos quizá de vanidades, dijo el enfermo, que puedan reprobar discretos varones.

Y por qué Sr. Cervantes? respondió el franciscano. En

Vuesa Merced bien sé que no quisieron juntarse las dichas y los merecimientos, pero asimismo conozco que su virtud ha vivido y vive constante en las adversidades recibiendo de Dios consuelo, porque Vuesa Merced no ha buscado su consuelo fuera de Dios, y en la pobreza de Cristo ha hallado alegre resignacion para la suya.

Nunca ha sido esclavo de la ociosidad, escribiendo y publicando libros con gravedad y gallardia de estilo y doctrina.

El *Ingenioso Hidalgo* en que se burla de las valentías de los fingidos caballeros andantes y de sus imposibles hazañas, ¿qué otra cosa es sino un medio felicísimo de apartar de su lectura perniciosa los ánimos? Y acaso la religion franciscana puede poner censura en tan calificado intento, cuando tan adversa ha sido á los libros de caballerias? Recuerdo que Fray Juan Bautista Jimenez en las *Demostraciones católicas*, escribia contra los que murmuraban de los sermones y predicadores muy desenfadadamente dando sus sentencias sobre si son doctos ó no, sin mas erudicion que la lectura de los libros de Amadis de Gaula ó de Esplandian. No ha visto, hermano, en la *Vida y escelencias de la Madre de Dios*, que publicó el Padre Fray Diego Murillo, sugeto de tan esclarecida ciencia, cuando pregunta que quién dirá que hay ponzoña en una *Diana*, donde al parecer se tratan amores castos de pastores y pastoras y que hay veneno en un libro de caballerias, donde ingeniosamente se tratan aventuras y empresas de caballeros defensores de agravios hechos á diversas personas? Tenga bien presente que esclama: Pues Dios sabe cuantos ánimos de doncellas castas se han pervertido con su lectura.

Y Fray Alonso de Herrera acaba de conseguir de mi órden licencia para dar luz á un libro de *Consideraciones*

de las amenazas del juicio y penas del infierno, en que dice á los lectores de aquellas locuras: ¿qué podeis sacar de vuestras Dianas, de vuestros Febos y Amadises y de los demás libros de mentiras que celebrais, gastando el tiempo precioso en cosas que entre los cristianos deben ser despreciadas, qué podeis sacar sino tósigo para vuestras almas?

No se deje llevar, hermano, tanto de la inquieta razon y de la desconfianza, que la Orden de mi gran Padre San Francisco en gran estima tiene los trabajos de vuesa merced contra tales libros.

Es tan elocuente el consuelo de V. P., dijo Cervantes, que me aviva el alma y me dispone mas y mas á desear la profesion que aguardo por momentos.

Mirábalo y oia todo con llorosa compasion doña Catalina de Salazar, y no pudiendo mas contener su sentimiento, rompió en estas palabras: Bendígate Dios, Miguel, por tu perseverante esperanza en Dios y tu deseo de seguir el camino por donde jamás puede entrar la muerte. Y V. P. no se detenga y allane las dificultades para que la profesion sea inmediata, que confiadísimos quedamos de que su cuidado sabrá cumplir nuestro deseo.

Voy, replicó el religioso, á solicitar de la órden la profesion con seguridad de que será bien admitido: porque el de prepararse con celo tan cristianamente Vuesa Merced para la muerte justifica la presteza.

Y escribiendo la peticion, púsola á la firma de Cervantes, el cual con tranquilo pulso escribió su nombre y dijo al religioso: Dios le conceda muchos y felices años de vida.

Atienda, hermano, le replicó, que Dios quiso para sí la corona de espinas y que mi gran Padre San Francisco decia que nadie debe reputarse siervo del Señor, si

por la tribulacion no hubiere pasado.

No terminé mi razon; añadió Cervantes: los muchos años y felices de vida que á V. P. deseo es á fin de que los emplee con la gran fortaleza de su virtud para el bien de las almas en acrecentamiento de la fé y en gloria de Cristo.

Mucho anhela Vuesa Merced, dijo el religioso, y Dios lo escuche en cuanto fuere para la salvacion de las almas y consuelo de los afligidos dentro de la humildad que profeso. Entre tanto que torno á ver á Vuesa Merced, ponga el alma, que no hay tiempo que perder, descuidada de todo lo que no es Dios, deseche de sí el querer de las cosas del siglo y levante enteramente su alma á deseos del cielo.

Déme su bendicion, respondió Cervantes.

La de Dios lo acompañe y nos alcance á todos, dijo el religioso y fuése.

¡Oh! Dios no me desamparará pues yo nunca lo he dejado, dijo Cervantes y se entregó al reposo en la esperanza de que el religioso alcanzaria su intento.

No pasaron muchas horas sin que volviese este diciendo: estais de enhorabuena, Cervantes.

Buena es para mí, replicó, pues merezco ver á V. P. y oir su voz tan agradable á mi alma.

Refirióle el franciscano que todo estaba otorgado y que la profesion seria el Sábado Santo y no en iglesia, por impedírselo lo grave de la dolencia sino en su propia casa y que él mismo le daria el hábito como visitador de la órden.

A la morada de Cervantes concurrieron hermanos y hermanas de la órden tercera para asistir á la profesion, segun están obligados: sentáronse en bancos los hombres y en el suelo las mujeres: el secretario ante un bufete, y el religioso y el ministro en dos sillas al lado de la epístola de un altar formado al propósito.

Cervantes estaba sentado en otra silla teniendo una vela de cera blanca en la derecha mano y la cuerda y el hábito sobre la izquierda, falta de movimiento por la herida que recibió en la gloriosa batalla de Lepanto: la dolencia le impidió ponerse de rodillas para la ceremonia.

El religioso presidente dirigió una breve plática en loor de la Tercera Orden de penitencia que profesa parsimonia y la moderacion en trajes, vestidos y joyas que la vanidad inventa. Y luego preguntó á Cervantes: ¿Qué pide?

Este respondió: pido por amor de Dios se me dé el hábito de la Tercera Orden de penitencia de nuestro Padre San Francisco para mas servir á nuestro Señor, guardando la regla y los mandamientos divinos.

Púsose en pié el relijioso y bendijo el hábito y la cuerda, y le vistió aquel y le ciñó esta con las ceremonias debidas.

Cervantes, puestas las manos en las del visitador, dijo con él las palabras que siguen: Yo el hermano Miguel de Cervantes Saavedra voto y prometo á Dios y á la bienaventurada siempre virgen María y al bienaventurado padre San Francisco y á todos los santos y á vos, Padre, de guardar todo el tiempo de mi vida los mandamientos de la Ley de Dios y satisfacer como conviene por las trasgresiones que contra estas forma y manera de vida aprobada y confirmada por el papa Nicolás IV, y por otros muchos sumos pontífices, cometiere, cuando para ello fuere llamado á la voluntad y juicio del superior.

Respondió el visitador. Si tú estas cosas guardares, yo te prometo la vida eterna en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Besó Cervantes al religioso la mano y este con cariño de padre le dió la bendicion y los brazos, encomendando á todos rezasen un Ave María por el que habia recibido el há-

bito y por el aumento y conservacion de la Orden, mientras él hincado de rodillas, la rezaba igualmente.

Y no se separó sin advertir á Cervantes que habia recibido el hábito por creerse que estaba en peligro de muerte y que quedaba como tal hermano y profeso en la Orden Tercera y con uso de hábito descubierto; mas que si Dios le concediese salud, tendria obligacion de presentar nueva súplica para ser admitido á la fraternidad y las juntas, prévias las diligencias que por el caso urgente no se hicieron.

Quedó Cervantes vestido de sotanilla que solo llegaba á cubrir el calzon, con manga cerrada y ferreruelo de estameña, cuello y cuerda que le caia hasta las rodillas.

Cuánto y cuán grande es mi agradecimiento por tanta merced como la órden me ha hecho, dijo Cervantes: recuerdo que Magdalena, la hermana de mi alma, que ha cinco años murió en la mayor pobreza, á la caridad de los Terceros debió limosnas en sus postrimerías, así como que su cadáver fuese cristianamente sepultado. Y ¡qué alegría no tendrá mi señora doña Catalina de Zúñiga y Sandoval, condesa de Lemos, hermana que es en la Tercera órden y que tanto me estima y tanto me ha favorecido, cuando en Nápoles tenga de mi profesion las nuevas!

Ahora, recoja su espíritu, replicó el religioso, y dése al descanso despues de tributar gracias á Dios por tales favores y espere en su misericordia.

Habla V. P. como Santo que es, añadió Cervantes.

No, hermano mio: Santo no, pecador sí, respondió el visitador; pero dedicado á exhortar á las virtudes cristianas. Yo os diré como un religioso de mi Orden, que si no ganamos á los que están perdidos, enviamos á los ya ganados para el cielo: si no resucitamos los muertos, ni sanamos á los enfermos, apoyamos á los que están en pié á fin

de que no caigan y ponemos aliento en los vivos para que no mueran. Y si hoy no persuadimos, mañana persuadiremos. Y con esto Dios quede en esta casa para tranquilidad y gloria de vuestro espíritu.

Siguió visitando este religioso á Cervantes, así como algunos de los hermanos de la Tercera Orden y además su vecino el Licenciado Francisco Nuñez, Don Francisco de Urbina y Don Luis Francisco Calderon. No todo eran pláticas espirituales. Tocóse cierto dia entre ellas la leccion de los libros de caballerias y el Don Florisel de Niquea y las graciosas locuras de su estilo, no sin olvidar la que tanto placia á Don Quijote; aquello de que la *razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura*, ó estotro: *de los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, os hacen merecedor del merecimiento que merece la vuestra grandeza.*

Rióse mucho de este estravagante estilo el visitador, á lo que uno de los presentes dijo: «Pues religioso de San Francisco hubo que sin escribir de caballerias, y por cierto en libro de notable provecho y erudicion, tratada con sublime estilo, cual es el de los *Loores de la Virgen Nuestra Señora sobre las siete palabras que habló*, allá se fué con Feliciano de Silva en estas razones: «Por amor de mí, suplícote que alcance yo de tí por tu virginal madre, que de tal manera por su purísima carne sea mi carne purificada y espiritualizada, que solo en su espiritualísima y virginal y santa carne tome gusto y sabor.»

Con efecto, respondió el religioso. Varon era de muchas letras y doctrina Fray Antonio de Aranda, que por el mil quinientos y cincuenta y tantos imprimió ese libro escrito con frases no menos elegantes que apacibles, pero que

tal vez cayó en alguna de las estravagancias de estilo, tan en uso en su edad por la frecuente lectura de los libros caballerescos. Y si eso acontecia y acontece á tan prudentes sugetos, ¿qué sucederá á los no tales?

Y á que no sabe vuesa merced, señor Cervantes, dijo otro de los asistentes, pasando á otra cosa: el otro dia vino á mis manos el libro de las ilustres mugeres de Juan Bocaccio en lengua castellana y al leer la vida de Céres, ¿con qué llegué á tropezar? Con la pintura de la edad del oro. Vuesa merced seguramente debió recordarla al escribir la suya en el Ingenioso Hidalgo?

Cervantes respondió con un movimiento de cabeza en manifestacion de ser así.

Vean vuesas mercedes, si no, este pasage que en la memoria aun tengo del libro de Juan Bocaccio y que no sé si contiene estas ó á estas semejantes, ó por mejor decir, otras aun mas que estas persuasivas razones:

«¿Quién alabará ó tendrá por bien que la muchedumbre derramada que moraba en las breñas y montes, avezada á bellotas y castañas y manzanas montesinas y á leche de animales fieros y á yerba y á beber agua de los rios, que tenia sus ánimos sin cuidado y vivia contenta con la sola ley de naturaleza y era templada, casta y sin malicia, enemiga solamente de las fieras y aves, haya sido traida y llamada á delicados manjares, de los cuales se han seguido los vicios escondidos en lugares secretos y se ha abierto camino y dado seguridad para proceder mas adelante? Los campos primero comunes han comenzado á ser con mojones señalados, de donde han venido los cuidados de la agricultura y se han comenzado á partir entre los hombres los trabajos; de donde han procedido y venido al mundo *mio y tuyo*, vocablos por cierto muy enemigos así de la

pública paz como de las casas, de donde han venido la pobreza y servitud, los pléitos y ódios y guerras sangrientas y de donde ha volado en derredor la quemante envidia.»

Paso, dijo el visitador: no nos relate la pintura de la edad de oro descrita por Bocaccio; que nos basta y mas aplace la de Miguel de Cervantes, trazada con mas brevedad y aun con grandeza superior para ejemplo de la diferencia que media entre la imitacion noble y la servilísima copia y entre poner en lábios de un loco por burla pinturas quiméricas muy peligrosas para creidas ó referirlas como verdades lastimosas y dignas de que volviesen á ser para bien de los mortales.

Yo nunca imaginé, replicó Cervantes, esceder á Bocaccio, sino imitarle; y ciertamente al trazar la descripcion de la edad de oro, tuve un lejano recuerdo del pasaje de aquel insigne discípulo del gran Petrarca, que habia leido muchos años atras; y en lo demás V. P. dice verdaderamente cual fué mi pensamiento.

Tate, con lo que aquí he dado: dijo otro de los presentes, que sobre una alhacena habia hallado un libro: ¿Vuesa merced, señor Cervantes, tan enemigo de los de caballerias, tiene este y nada menos que el Amadis de Gaula, impreso en Venecia el año de 1533?

—Y por qué no tenerlo? respondió Cervantes. Recuerde que en el donoso escrutinio de la libreria de Don Quijote se dió sentencia de que era el mejor de todos los libros que en este género se habian compuesto y único en su arte, y que quedó reservado del fuego.

Así es, replicó el amigo observador: por cierto que esta edicion merece mayor estima que las demás del libro de *Amadis* por el prólogo de su corrector el vicario del Valle de Cabezuela Francisco Delicado, natural de la Peña de

Martos, el cual llama al libro de *Amadis* verdadero arte de la gramática española y dice que debe estimarse sobre todo por estas razones en que descubre la moralidad que en él se contiene. Vean, si no. Y abriendo el libro, comenzó á leer en esta forma:

«En aquel glorioso siglo, cuando el muy sabido autor del presente libro dejó en memoria no solamente la vida, fortaleza, gloria, esfuerzo é fechos animosos, mas la cortesia, gentileza é limpieza de vida muy acostumbrada, la pasion del amoroso amor, el orgullo de real caballero, el corazon no vencido, la gloriosa memoria de la fama, la lealtad tan alta y tan leal, la verdadera y justa justicia acompañada de razon y verdad, la compasion con piedad así de amigos como de contrarios, usando con todos gracioso agradecimiento como á lozano é de buenas maneras caballero le conviene; esto todo nos mostró en esta sabrosa obra el sabido componedor, mostrando en Amadis de Gaula todas aquellas virtudes que cada un hombre bueno, é caballeros, duques, condes, marqueses, señores, reyes y emperadores han de tener, seguir é mantener. En esta obra está el arte para mostrar á ser los caballeros expertos y animosos é para los facer mesurados é corteses. Así mesmo está el arte de los verdaderos enamorados; la religion de las armas, á quien notar la quisiere; el modo asimismo de la moderacion de las justicias y el ejemplo de jamás la fé dada é palabras prometidas quebrantar, haciendo é dando derecho á quien con verdad y razon se lo demanda, defendiendo las dueñas y doncellas, honrándolas y sirviéndolas, amándolas segun sus merecimientos, y poniendo por ellas las fuerzas á muchos peligros.»

Ahora bien, prosiguió el amigo: vuesa merced señor Cervantes se ha burlado felizmente de tanto desafio como

en esos libros se refiere al querer de la fantasía de sus autores, desafios con valerosos y no tan valientes caballeros que corrian el mundo fiados de suerte incierta ó aventurada, que defendian con su fortaleza y amparaban con su compañia, satisfaciendo gloriosamente las injurias y que no querian entregar el castigo de los delitos á la venganza lícita de la ley, porque sus almas vivian sobre las leyes.

Estén vuesas mercedes segurísimos de que ni en lo hasta hoy por mí leido, ni pensado ni preguntado, hallé cosa que tanto me satisfaciese cuanto ese prólogo de Amadis, porque me enseña la verdadera doctrina moral de los libros caballerescos, escondida entre la narracion que siguen de aventuras quiméricas, como árboles crecidos al tránsito de las aguas de los arroyuelos.

Bien sé que vuesa merced, señor Cervantes, se propuso desterrar la leccion de estos libros por lo vano de sus artificios, dañoso á las almas por persuadir á la violencia, y al imperio de la voluntad apasionado, pero andando los tiempos pudieran venir siglos de corrupcion de costumbres en que algunos atribuyan á vuesarced el propósito de haberse querido burlar de las condiciones del español y otros imaginen por el error y la flaqueza de sus ánimos y la mengua de fé, de cortesía y de lealtad que el tener y guardar estas cosas como dignas son acciones propias solo de don Quijote de la Mancha.

No sé, respondió Cervantes, lo que el tiempo puede traer al mundo; pero de mí sé decir que si bien he considerado perniciosa la lectura de los libros de caballerias por sus vanidades y de ellos no seguirse verdad alguna sino daño á las imaginaciones por esforzados aventureros que desprecian á todos, de todos desconfian y á todos juzgan ó condenan temerariamente, ¿cómo puedo yo burlarme de

mi pátria y de su fortaleza, de su gloria, del aprecio de los hechos animosos de sus hijos, ni de la cortesía y gentileza de ánimo, ni de la íntegra y pura vida, ni del noble orgullo del bien hacer, ni de la lealtad, ni de la razon ni de la justicia?

Si en los libros caballerescos se enseña al par de locuras y necedades, cómo los hombres buenos y caballeros y príncipes han de ser, yo sin necedades y locuras, en mis novelas ejemplares enseño todas las virtudes, la compasion así para amigos como para contrarios, usando con todos agradecimiento, la mesura, la cortesía, la moderacion en la justicia, la honra y el respeto á las mujeres y el ejemplo de la fé dada y palabras prometidas jamás quebrantar por cosa alguna entre todos los que tenemos perfecta igualdad, igualdad, sí, en un padre, en un Dios, en una fé y en un bautismo.

Seguramente, exclamó el visitador, esa doctrina se lee en las novelas ejemplares escritas con tan ingeniosa viveza de estilo y en que nada hay que desdiga de la doctrina católica. Y en cuanto á D. *Quijote*, si en ese libro nos enseña á burlarnos de las locuras de lo que se llama caballeria, nada ha estampado vuesa merced que no apruebe mi órden franciscana. ¡Cuánto agradaria á fray Antonio Alvarez, si hoy viviese, saber que otro hijo de San Francisco como vuesa merced, ha acudido á la defensa de las buenas doctrinas combatiendo por ingenioso y festivo modo á los hombres que quieren quitar la nobleza del evangelio y ponerla en sus pasiones, nobleza aquella y caballería que estriba en seguir y obedecer á Dios no en matar el moro en la vega de Granada, no en vengar injurias ni en satisfacer agravios y en baldonar á otros, por aquello que se encuentra escrito en la ley divina. «Los que me tienen

en poco, esos y esos, serán sin nobleza.»

No hay razon para decir los aficionados de esos libros, prosiguió Cervantes, cuando se maravillen de las aventuras de sus caballeros imaginando que han existido ó que deben imitarse: «alegres siglos, los que de su presencia gozaron y mil veces felices los progenitores que les dieron el ser y otras mil y mil los que nos escribieron sus famosas historias en el estilo mas apacible» porque la virtud no necesita ser enseñada por medio de fantásticas necedades, sino dentro de la verosimilitud y de la razon.

Mudáronse las pláticas otro dia y se habló del Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, llamándolo amparo de desvalidos y ejemplo de poderosos.

Dios le guarde, Cervantes, dijo, y conserve en las prosperidades que sus méritos le aseguran y que mi corazon le desea por sus ilustres acciones y por su caridad inagotable. ¡Mucho me placeria poder escribir la relacion de las fiestas de la traslacion de Nuestra Señora del Sagrario en la capilla que ha erigido en la Santa Iglesia de Toledo, fiestas que no deberán tardar mucho porque las obras están á punto de terminarse con perfeccion cumplida!

Pero no hay cosa menos posible á mi parecer que la vida mia llegue á ese punto.

El visitador instóle á que hiciese testamento por obligacion de su órden, que así se previene en ella, y Cervantes en obedecimiento de sus convenientes persuasiones, mandó ¿qué? dos misas para su alma y lo demás á voluntad de su mujer, que quedó testamentaria juntamente con el licenciado Francisco Nuñez, su vecino, por vecino y por uno de los pocos amigos que en su agonía lo acompañaban.

Pensando en su novela *Persiles y Segismunda* que quedaba por imprimir, consultó con el religioso su deseo de dedicarla á su protector el gran conde de Lemos, virey de Nápoles.

Cumpla su voluntad, hermano, le dijo el visitador. Dios conserve tambien al conde de Lemos en perpétua felicidad con aumento de mayores y siempre merecidas dignidades. Dedíquele el libro, que esto será grato á nuestra Orden pues D. Pedro Fernandez de Castro ama á las religiones, y antes de su partida á Nápoles aceptó la dedicatoria del *tratado de las grandezas y mejoras de Cristo*, de fray Francisco Tamayo, del Orden de los Mínimos.

Crecian los sufrimientos de Cervantes siendo mas que humanos su devocion y su espíritu: la cercania de la muerte llegaba, y recibió la Extremauncion de manos del Licenciado Francisco Lopez, el mismo que la habia administrado en 1611 á doña Magdalena de Jesús, su hermana.

Al siguiente dia escribió al conde de Lemos la siguiente dedicatoria del *Persiles*.

«Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas que comienzan «puesto ya el pié en el estribo,» quisiera yo no vinieran tan á pelo en mi epístola, porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
con las ánsias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremauncion, y hoy escribo esta. El tiempo es breve, las ánsias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés de V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúm-

plase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo; y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieran verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavia me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardin* y del famoso *Bernardo*. Si á dicha por buena ventura mia, que ya no seria ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado V. E. Y con estas obras continuando mi deseo, guarde Dios á V. E. como puede. De Madrid á 19 de Abril de 1616 años.

CRIADO DE V. E.

Miguel de Cervantes.»

Leida esta dedicatoria al visitador, este dijo con dulce acento: veo en tí un dignísimo hijo de San Francisco; y por que hasta en esto *bien lo imitas*, puedes exclamar con él «Igual será para mi la alegria en la vida como en la muerte.»

Esto, Padre mio respondió Cervantes, he escrito en reconocimiento de mis obligaciones: tuve deseos, y grandes esperanzas de repetirlos al Conde mi señor, más me resigno á la voluntad de Dios. Ya que no puedo, satisfago con palabras de elogios los beneficios que no puedo recompensar con obras, dedicándole al par el *Persiles*, libro en que persuado y aliento á todo género de virtudes, en

estilo claro, enriquecido de buena doctrina. Y si el libro nada vale y nada en él le vengo á ofrecer, al menos le manifiesto el mucho deseo que tengo de ofrecerle una prueba de mi respetuoso agradecimiento.

Acrecentado el mal y ya á los últimos extremos el religioso le encomendaba el alma, mientras Cervantes con una vela encendida en las manos y en su lecho, parecia registrar á su luz las oscuridades de la muerte.

Con frases, débilmente repetidas, pero entrañablemente respiradas, demostró que las oraciones de San Buenaventura que el religioso decia, hallaban acogida en su ánimo, y aquellas expecialmente que llamaban á Dios dulzura, descanso, verdaderísimo gozo, luz deleitable, tú solo seas para mí todas las cosas, mi esperanza, mi alegria, mis confianzas, mis riquezas, y mi amor, mi sufrimiento, y mi amparo, mis pláticas y mis respuestas, mis pensamientos, mis obras, y todo mi tesoro.

Y ahora recuerdo, le dijo el visitador, quitándole de las manos la vela: bien sabes hermano, que el perdon del enemigo es la serenidad de la conciencia, y que hay que olvidar las injurias, porque si Cristo fué aborrecido, ¿cómo queremos ser amados? La virtud debe pintarse coronada de los cándidos lirios de sus dolores y de las blancas rosas de su pureza, reina, sí, coronada en el templo del amor sobre la tierra.

Un autor con fingido nombre escribió la *Segunda parte del Quijote*, en que te ofende con palabras que dan ocasion á agravios: sobre las causas de su proceder, si algo me cumple decir, nada puedo averiguar. Se muestra de tí quejoso y se venga nueve años despues, de la injuria que te atribuye: largo rencor y encono por cierto. Poderoso debe ser tu contrario, pues ocultando su nombre, publicó el

libro sin contradiccion alguna en el Consejo de Estado y la suprema y general Inquisicion. Paréceme como que quiso apartar de tí el ánimo de quien te admiraba y podria protegerte dando á entender, que no eras digno de beneficios por ser mal hombre, y que lo que tú escribias podia escribirlo otro con igual ó mejor donaire y agudeza.

Entre los dones todos del Espiritu Santo, que Cristo concedió y concede á los humanos, el principal es vencerse, y sin violencia, tolerar por Dios y por la caridad de Dios, los oprobios cual nos enseña nuestro Padre San Francisco. Deseo poner paz entre tí y el atrevimiento del falso Avellaneda.

Cervantes quiso como decirle «oye mis sentimientos, ya que no puedes mis palabras,» y le indicó que tragese de una mesa inmediata los dos tomos del *Ingenioso Hidalgo*. Abrió el libro de la segunda parte y al llegar á una página, señaló al religioso aquel pasage de la muerte de D. Quijote, cuando este suplica á sus albaceas que si su buena suerte les tragere á conocer el autor del D. Quijote de Avellaneda «de mi parte le pidan cuán encarecidamente ser pueda, *perdone la ocasion que sin yo pensarlo* le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, *porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.*»

Y al leer en alta voz el religioso estas palabras, Cervantes llamaba la atencion con el dedo, hácia el libro como si quisiera decir. «Eso, eso es la verdad». No pudo ser ni mas humilde ni mas advertida la respuesta.

¡Oh valerosa palabra de perdon que á tal tiempo se repite y ante tal imágen (y esto decia mostrándola á Cervantes) imágen, sí, de Cristo durmiendo el sueño de voluntárea muerte en la cruz en purificacion de la original culpa

y en precio y redencion de nuestros delitos, viniendo desde la eternidad á ser hombre para enseñar al hombre el camino de la eternidad. Habla á Dios desde el íntimo afecto de tu corazon afligido. Anhele tu alma ir, é irá á donde no hay dias de muerte: muchas veces te he oido decir que en Dios está todo el deseo de tu alma, Dios á quien jamás se pide sin esperanza de misericordia. Si él se retira de nosotros á ¿quién nos hemos volver y qué hay fuera de Dios que pueda darnos consuelo? El te defiende y te defenderá, si le invocas contra toda duda, vacilacion é inconstancia.

Piensa, hermano, que San Antonio de Padua, que ciñó cual nosotros el cordon de San Francisco, decia que por las aflicciones del cuerpo se sanan las heridas del alma y que el amor de Dios convierte en dulce toda amargura.

Doña Catalina, en tanto, como mujer que á tal marido tal viera sufrir y que al perderlo consideraba que en él perdia cuanto podia perder, habia gemido con insistencia y llamado con lágrimas á las puertas de la misericordia de Dios.

¿Qué puedo hacer ya y á donde puedo ir sin tí, único solaz de mi alma, decia, tú que con discretos consuelos esforzabas mi espíritu cuando prevalecian contra nosotros las adversidades? Desaparecen ya ante la lastimosa esperiencia de tu muerte, que es mi mayor infelicidad, todas mis esperanzas. Acercándose al lecho y diciéndole, «Miguel, Miguel mio» con elevada voz, á los ecos volvió Cervantes sin luz los ojos y cerróselos la muerte, pues aunque respiraba y oia, jamás los tornó á abrir.

Todavia pudo escuchar Cervantes por corto tiempo la regalada voz de su consuelo en la de aquel religioso hasta que lanzó el postrimer suspiro, premiando Dios así con

tan preciosa muerte sus merecimientos y su ánimo preeminente en firmeza de fé y en virtudes.

Dé cabida en su alma, á la serenidad del consuelo, dijo el religioso á doña Catalina, porque eso no se llama morir, si no volar el alma al lugar de su descanso. Primero se ha de perder la vida que la paciencia y la constancia. Identifíquese afectuosamente en Jesucristo, deje muy atrás la flaqueza humana y recurra tierna y afligida á Dios, arrojándose en los brazos de su providencia.

No murió Cervantes en la soledad de la pobreza, pues en su pobreza misma vinieron á acompañarlo sus hermanos en la órden tercera para darle socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanzas de eterna vida.

Todos los hermanos de hábito descubierto y encubierto que pudieron juntarse, pasaron á aquella triste morada y alternativamente no dejaban de rezar junto al cadáver vestido como ellos, hasta que llegada la hora del entierro entraron todos é hincados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oracion del Santo Sudario, aplicando las indulgencias al alma de Cervantes y suplicando á Dios le diese el eternal descanso.

Llevaron á hombros el cadáver con la cara descubierta los hermanos, á la iglesia de las Trinitarias donde Cervantes quiso tener sepultura en gratitud afectuosa de haber debido á los padres de esta órden, ser sacado de cautiverio, órden en que subió la caridad al punto del deseo de dar la vida por el prógimo; y sabido es que quien da la vida por los hombres, es quien mas se asemeja á Jesucristo. Desde que se acercó á la Iglesia el entierro, doblaron las campanas segun el rito de la Orden. El paño sobre que el cadáver se puso en el templo era el de la de San Francisco. Los hermanos no abandonaron á Cervan-

tes hasta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura.

A la salida del templo, el religioso vió á don Francisco de Urbina y don Luis Francisco Calderon, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes para el *Persiles y Segismunda*, ya que tan altos poetas lo habian abandonado en la muerte.

Bien me parece el intento, respondió el visitador; pero llámenle en los versos *ingenio cristiano*.

¿Por qué? preguntaron, y quien puede poner duda en la cristiandad de Cervantes Saavedra?

Él ha sido el caballero andante de la humanidad, dijo el religioso: peleó por la libertad del cristianismo contra el Turco en Lepanto: combatió con los trabajos en el cautiverio: la caridad de la religion rompió el encantamento de sus cadenas: recorrió las selvas árduas del mundo, siglos y siglos incultas para el ingenio perseguido de la malignidad con calumnias promovidas unas con apariencias de celo, otras con envidias declaradas, otras con pretensiones ambiciosas: prosiguió en lid con la ceguedad de su desdicha y los errores de su tiempo: pugnó por la causa del bien, defendió las virtudes, guardó lealtad y gratitud, gastó años, menospreció su vida, aventuró sus esfuerzos, y combatido de la pobreza, armas que el siglo y la vanidad esgrimian contra su persona para abatirle, vistió el hábito de la pobreza de San Francisco que la sublimó con su regla para enseñanza y consuelo del mundo.

Ahí teneis á Cervantes caballero y armado de las armas de la pobreza, de la humildad y del afecto á Dios y á los hombres. Y sabeis ¿cuál empresa ha elegido como el mas alto blason de los blasones que caballero puede anhelar? Las cinco llagas de Jesucristo, escudo de mi órden

para defender su inmortalidad con esta invencible empresa, y conseguir la corona, no la que los gentiles antes y las damas hoy daban y dan á las felicidades, sino la que la fé reserva para los trabajos y la constancia.

Me maravilla lo que V. P. dice, respondió don Francisco de Urbina.

No hay de que maravillarse, por mas que en Dios todo sean maravillas, prosiguió el religioso: San Antonio de Padua nos enseña que Cristo nos manifestó en sí dos documentos de suma perfeccion: la fortaleza de la paciencia que triunfa y la rectitud de la pureza del alma que persevera: la de Cervantes triunfó y triunfará para siglos porque perseveró en el bien.

Por eso repito á vuesas mercedes, que no dejen de celebrarlo como *ingenio cristiano*. Si pasando como pasará de la soledad de su pobreza y del olvido de los hombres, en su muerte hoy, á la aclamacion de las edades, y en ellas por los pecados de la humanidad decreciese la fé y se aumentasen los errores, bien será recordarles que, Cervantes, objeto seguramente de su admiracion, fué *ingenio cristiano* y que de sus altos pensamientos de cristiano procedió y procede la grandeza de sus escritos. Y con esto, voy á suplicarles que me saquen del deseo de saber que lo escriben así, entendiendo que la merced que en ello me harán no es de calidad que llegue á ser puesta por mí en olvido. Y Dios sea con vosotros.

Adolfo de Castro.

EN EL ANIVERSARIO

DE

MIGUEL DE CERVANTES.

En vano pulso mi temblante lira
del gran Cervantes al cantar la gloria,
mi musa avergonzada se retira
como ante el oro despreciable escoria.
España, Europa, el mundo todo admira
del guerrero y del sabio la victoria,
y se eclipsan los nombres mas brillantes
dó se alza la imágen de Cervantes.

Caballero leal, fué consecuente,
literato, su nombre es el primero,
soldado, peleó como valiente,
tipo fiel del cristiano caballero.
Viéronse en él luchando frente á frente
ciencia profunda y victorioso acero
y admiradas las célicas matronas
le arrojaron festivas dos coronas.

Duerme en paz que tu *Elicio* y *Galatea*
y tu *Lauso* te cantan sus amores,
y el mito seductor de *Dulcinea*
viene tu losa á coronar de flores.
Duerme en paz que *Quijada* allá en su aldea
triunfa de un millar de encantadores....
mas ¡ah! despierta al resonar el canto
que pregona tus glorias en Lepanto.

¡Lepanto dije! el corazon ufano
salirse quiere de mi ardiente pecho:
nunca ese nombre se pronuncia en vano
que allí venció la causa del derecho.
Allí el mar ofreció al Turco inhumano
en rojas ondas espantoso lecho;
allí, Miguel, tu mano sostenia
tu espada y el rosario de María.

Tus obras inmortales, gran Cervantes,
llevó la prensa desde polo á polo,
cual celajes que el sol torna brillantes
y en el espacio azul empuja Eolo.
Y ora al *Hidalgo* de la *Mancha* cantes,
ora te inspire con su fuego Apolo,
siempre serás, ¡oh genio sin segundo!
honor de España, admiracion del mundo.

Sebastian Herrero y Espinosa de los Monteros.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL INSIGNE ESCRITOR ESPAÑOL

MIGUEL DE CERVANTES. (1)

Desciende, bello Cintio,
Con la lira preciosa
Que serena los tigres
Y, en proceloso mar, las récias ondas.
Y vosotras, ¡oh Ninfas
Del Pindo valerosas!
Que á las bravas Sirenas
Arrancárais magnífica aureola,
Con sus plumas ciñendo
Guirnalda victoriosa;
Abridme vuestra fuente,
Trocad en fina y dulce mi voz ronca.
Pero ¿quien es el Génio
Que mi númen ahora
Arrebata, y se eleva
Al alto cielo como garza airosa?
Leones y Granadas,
Quevedos, Argensolas,
Solíses, Calderones,
Alcázares, Herreras y Riojas....
Oíslo? Es el Proteo
De la Lengua Española....
Oíslo? Es un Cervantes,

(1) Leyó esta composicion el Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro terminada la reunion literaria.

Cuya rara invencion al orbe asombra.
Caudal Filosofía
Le abre minas preciosas;
Con ellas se enriquece....
Al mundo las legó su mano pronta.
Valor, ciencia, virtudes....
¡Qué liga tan hermosa!
Como el oro en el fuego
Humildad en su pecho se acrisola.
Pobreza le constriñe,
Amigos le abandonan;
Magnates le desprecian....
Amargura le da llena su copa.
No por ello anonadan
Su alma valerosa,
Que, en ancha tierra y mares
De todos triunfa, y á la lid provoca.
¿No le veis en Lepanto
Saltar alegre á popa,
Enfermo y moribundo....
Su sangre derramando gota á gota?
El amor á la Patria
Le inflama ¡Qué mas honra
Al mílite guerrero
Que morir defendiendo la corona!
¡Y le notas de *manco*,
De *viejo* le apostrofas,
Ajando los laureles
Que á su frente ciñó Marte y Belona!
Muerde el acero en vano
Serpiente ponzoñosa:
Tu envidia, Avellaneda,
Al jigante rival llena de gloria.
¿No le veis, argelinos,

En lóbrega mazmorra,
Sereno como el justo,
Inmoble y firme cual jigante roca,
   Alzar á las estrellas
Su frente esplendorosa,
De cadenas ceñido,
El verdugo esperando en cada hora,
   Cuando decir pudiendo
Una palabra sola,
Abriérase ancha vía
De oro cubierta y libertad preciosa?
   ¿No le véis en la Mancha
En cárcel hedionda,
Mil cargos rebatiendo
Que la calumnia vil en él agota?
   Pero ¿á qué me detengo
Numerando en mal hora
Sus duelos y quebrantos,
Si puedo referiros sus victorias?
   Por él la Lengua Hispana
Se afina y perfecciona;
Las gracias y donaires
Cual torrente caudal su pluma brota,
   ¡Qué casto, y qué limpio
Si sus amores toca!
¡Qué fina es Galatea,
Y sus lindos pastores y pastoras!
   En vano su Diana
El Lusitano oponga;
Ni en dulzura le llega,
Ni en gala, ni artificio en verso y prosa.
   Refrene ya su orgullo
El docto Figueroa;
El gran Lope de Vega,

Y el Marcial Cordobés callen ahora.
Porque ¿cuándo igualáran
Aquella inmortal obra....
El *Quijote* divino,
Que la palma arrebata á Grecia y Roma?
Miradle traducido
A todos los idiomas:
Las lenguas de la Fama
Desde el un polo al otro le pregonan.
Cual mina inagotable
Tesoros mil rebosa:
¡Qué moral tan sublime
No encierra en cada una de sus hojas!
Su rara fantasía,
Sus frases armoniosas....
¡Qué tipos tan gallardos
Su valiente pincel no proporciona!
El sabio en él aprende,
La puericia transporta,
Y templa su amargura
El que gime en prisiones tenebrosas.
¡Loor á nuestro insigne
Escritor; que así logra,
La fama encadenando,
Con su espada y su pluma, la victoria!
¡Orlad sus sacras sienes,
Oh Ninfas españolas,
De laureles triunfantes,
A compás de la cítara armoniosa!

VICENTE JIMENEZ.

Cádiz 20 de Abril de 1872.